

SKETCHES DE LA TOTALIDAD

X15-15

El exilio de Sikander Primera parte

Space zarzuela como nunca la habías visto: una historia de exploración, política, amor, comercio e intriga.

www.latotalidad.com

El exilio de Sikander

Primera parte

Información, trasfondo y cronología en
<http://latotalidad.com/wiki/>

El exilio de Sikander

X15-15. r1.1, 21 de julio de 2015

Del texto y el wiki: © 2015 X-15-15.

Texto y wiki: CC BY NC ND 2015 X-15-15.

Introducción: LaTotalidad.com

El exilio de Sikander es una colección de cuentos cortos que introducen el universo de la Totalidad, incluyendo algunos personajes y sus motivaciones. En el wiki <http://www.latotalidad.com/wiki>, los lectores curiosos encontrarán notas, explicaciones, cronologías y descripción de lugares, junto con una sinopsis y otro material, además de las versiones de los cuentos en ePub y PDF para leer en cualquier dispositivo electrónico. Los cuentos son gratuitos, pero si alguien desea pagar por ellos, puede hacerlo en esta página: www.lektu.com.

Tabla de contenido

Introducción: LaTotalidad.com	2
“Custodio el trono para el rey que vendrá”	4
Los payasos	6
Entrar y salir	15
Las memorias de Amadeo Fuqué, (1)	31
Lo que doña Leire dijo	35
Padre e hija	41
Traspaso de poderes	50
Una carta.....	53
Una respuesta	56
Notificación de resolución.....	57
La llamada	58

“Custodio el trono para el rey que vendrá”

El nombre de Sikander Julkarn era una impostura, pero se todavía se le llama así porque su verdadero nombre ha sido olvidado. El verdadero Sikander Julkarn era un rey guerrero de la Antigüedad, probablemente el más grande.

El moderno Sikander Julkarn era un viajero, un Antiguo, y por ello tremendamente rico. La nave espacial de Sikander Julkarn arribó a Rakh en un estado lamentable, y quedó en órbita como un despojo, hasta que los ingenieros de Rakh la hicieron precipitarse a Pooran, el gigante de gas de Rakh, donde se desintegró. Cuando, tras el período de adaptación y reeducación, Sikander puso su pie en el planeta, en Rakh reinaba la anarquía.

Gobernaba cualquiera y el rey de Rakh devino en marioneta enferma. Estalló la guerra civil en todo el planeta. Rakh fue expulsado de la Federación y sometido a bloqueo. Sikander Julkarn estaba atrapado en Rakh.

Todos los antiguos son ricos, muy ricos. Y la mayoría ha soñado megalomaniáticamente en sus largos viajes: la soledad y el gran sacrificio que supone su viaje alientan las fantasías más excéntricas. Algunos antiguos partieron al más allá con el sólo deseo de enriquecerse. Para otros, la recompensa era un aliciente más al viaje, añadido a la sed de gloria, la aventura, el deseo por saber. Bastantes han regresado a un mundo desconocido que perciben hostilmente o con miedo.

Sikander Julkarn no era diferente a los demás antiguos. Sea por rencor o despecho a sus semejantes, sea por el deseo de construir un mundo aparte en el que poder revivir una época pasada, Sikander Julkarn acopió toda su fortuna y entró en la guerra levantando su propio ejército.

No hay mucho que decir de la guerra. Baste decir que fue atroz, malsana, si es que puede haber distinciones en el horror. Padres e hijos, madres y hermanas, abuelos y nietos, bisnietos, bisabuelos, tataranietos y tatarabuelos quedaron divididos en facciones que guerrearon convirtiendo Rakh en un erial prehistórico.

La guerra duró doce años. Sikander Julkarn resultó vencedor.

El victorioso Sikander subió por la escalinata negra del trono, peldaño a peldaño, pero, inopinadamente, se detuvo en el penúltimo escalón. Rakh contuvo el

aliento. Sikander se volvió lentamente hacia sus seguidores, y, reclamando la honorabilidad de la edad proecta con sus movimientos parsimoniosos, se sentó en el peldaño, ignorando el trono, envarado en el frío mármol negro con ademán reumático y mirada desafiante. Un rumor recorrió las filas en el salón del trono, y llegó a los salones y las calles de todo el planeta gracias a la televisión. Sikander contempló a sus súbditos como un maestro severo desafía a una clase rebelde, y su mirada los silenció.

—Custodio el trono para el rey que vendrá—dijo por todo discurso de coronación.

Y esta astuta declaración caló hondo en las sugestivas mentes de todos los rakhotis. Desató la imaginación épica de los Pang; cautivó a los Mululus, que detestan a los dioses y sólo creen en leyendas; provocó el respeto de Dikkas y Mikkas, que se llaman a sí mismos los guardianes de la honradez y la humildad. Y también destrozó a los últimos rivales de Sikander, pues cada uno de ellos afirmó ser el rey que había de llegar, y los contendientes terminaron de desangrarse entre sí, ahuyentando el peligro de la sedición y la traición. La guerra se alargó cinco años más, pero Sikander estaba ya fuera del conflicto, aceptado como árbitro. Rakh apoyaba a Sikander Julkarn, pues ¿no era acaso el único de los pretendientes que no había querido apropiarse del trono, incluso cuando los rakhotis lo deseaban?

El tirano Sikander gobernó desde su peldaño con mano férrea. Levantó el planeta, rechazó a los usurpadores del trono, hizo de su palabra ley. Custodió el trono durante sesenta y cuatro años, hasta que, olvidada la épica y la sugestión, los rakhotis se cansaron de él y su megalomanía, de la dictadura y la crueldad, del rey que nunca venía. No atreviéndose a asesinarlo, pues una leyenda es una leyenda, prefirieron expulsarlo de Rakh.

Esta es la historia del exilio de Sikander Julkarn.

Los payasos

Primero se dijo que los dos extranjeros salieron de la terminal de pasajeros del espaciopuerto, aunque no había constancia alguna esa mañana. Luego se supo que pasaron a hurtadillas por la lonja de alimentos perecederos.

—Contaban con ayuda desde dentro o tuvieron mucha suerte—sentenció el superintendente federal.

Los dos extranjeros se pasearon por el atestado zoco cogidos de la mano, lo que llevó a los enterados a afirmar que eran homosexuales, pero en la comisaría alguien dijo que los mikkas de Pupis Siete tienen la costumbre de pasear de la mano para no perderse entre la muchedumbre. Curiosearon las mercaderías, probaron fruta y apostaron sin totaño a las carreras de caracoles y tortugas bajo las sillerías del templo, y perdieron con total festividad. A continuación se quitaron las gafas de sol con aspavientos y volvieron locos a los comerciantes de gemas que tienen sus tenderetes en los mismos zaguanes del templo donde se vende incienso y hojas de lechuga, dilatando y contrayendo las pupilas, según parece a voluntad, mientras revolían la mercancía disertando con desparpajo y autoridad, clasificando las piedras con malevolencia. Los dos extranjeros se marcharon de las arcadas sin haber comprado nada pero habiendo provocado en el mercado gemológico una crisis de confianza que prometía durar semanas.

Para esa hora, hasta las cámaras de vigilancia habían notado anómalos patrones de conducta entre las muchedumbres: un centenar de chiquillos los seguía riendo y cantando, comentando las divertidas ocurrencias de los dos hombres, que, salvo la cultísima exposición en el mercado, no hablaban con nadie pero gesticulaban con la vehemencia de mimos. No se dio la alerta inmediatamente, sino que el sistema automático de vigilancia clasificó el fenómeno como “actuación callejera de cierto éxito-payasos trashumantes (nivel 2)”, y archivó el streaming. Más tarde, resultó obvio para los investigadores que los extranjeros habían actuado en todo momento justo por debajo de los umbrales en que se enviaba una alerta al supervisor federal, manteniendo lo que se denominó como un “vuelo por debajo del radar”.

Malacca Doce es un planeta pequeño, étnicamente atomizado, que lleva menos de medio siglo incorporado a la Totalidad, y la presencia federal es mínima, en

medios y personas, por exigencia de los propios malaquitas en el tratado de adhesión. Se trata de uno de esos veintisiete mundos de reciente adquisición donde la Totalidad anda con pies de plomo para no repetir el asunto de Pupis Siete. Como norma, se evita a toda costa proporcionar excusas a las facciones contrarias a la adhesión. Así, la potencia de cálculo concurrente que la Totalidad puede emplear en el planeta es ínfima y está minuciosamente regulada y auditada como parte del tratado: se permite procesar medio yobibyte por segundo, pero eso incluye las calculadoras y los relojes que no sean estrictamente analógicos. Hasta el Virrey de la Totalidad tiene que desplazarse a pie o en bicicleta, excepto los miércoles, en que se le permite emplear el coche oficial, y es justo el día de la semana en que pueden aterrizar naves espaciales. De hecho, la lista de cosas que no se pueden hacer en Malacca ocupa varios tomos... de papel, porque los malaquitas se niegan a digitalizar el acuerdo.

Hasta el mediodía, la extravagante aparición no había suscitado demasiada atención más allá de los niños ociosos en feriado y las pequeñas historias que ocurren en cualquier mercadillo. Todo lo que se averiguó sobre ese período del día se recolectó de pequeños testimonios y grabaciones que permitieron reconstruir la historia. A la hora de almorzar, la curiosidad alcanzaba ya a los adultos que frecuentaban la prosaica posada de San Malaquías, adonde los extranjeros dieron a parar. Dos forasteros excéntricos no deberían llamar la atención de la parroquia en demasía, pero la chiquillería se agolpaba en las ventanas de la posada, oscureciendo el interior y distrayendo a los clientes, señalando con el dedo y tronchándose de las muecas que los extranjeros ponían al estudiar con perplejidad los cubiertos. Los niños más audaces se columpiaban de las contraventanas de eucalipto y volcaban las escupideras. Los porteros de la posada, descalzos y vestidos con saris de blanco lino refulgente, corrían por el porche azotando traseros con sus varas de avellano, sin dar abasto para controlar a los pequeños intrusos.

La chiquillería terminó calmándose hasta disolverse cuando los extranjeros terminaron el café y pasaron al patio interior de la posada, desapareciendo de su vista. Allí los forasteros recorrieron el patio durante media hora, charlando frente a frente, ya que uno de los dos caminaba de espaldas para poder conversar cara a cara. Más tarde, la policía estudió las imágenes de ambos hombres caminando cabizbajos y concentrados. Se llegó a la conclusión de que no hablaban en ningún idioma, y que ni siquiera se estaban comunicando verbalmente. Todo parecía una sensacional puesta

en escena, en la que dos actores consumados confeccionaban con paciencia una inmensa bola de nieve de agravios y ofensas para la concurrencia.

Porque es fácil imaginar que, para una comunidad quisquillosa y puntillosa como la de los malaquitas, la conducta de aquellos dos extranjeros era pura provocación. No hacían nada claramente malo, nada que estuviese proscrito en los códigos cívicos o en los manuales de buenas maneras, y el problema era precisamente ese: no había por dónde cogerlos, pese a que su conducta era inquietantemente molesta por inconvencional. Por ejemplo, en ningún sitio estaba escrito que caminar de espaldas estuviese mal, ni que dilapidar lechugas en los sillares del templo fuera indecente si no se demostraba una conspiración para amañar las apuestas.

De todo esto y más se discutía en corrillos de sabios, en el templo y en la propia posada de San Malaquías, donde teólogos y sociólogos no terminaban de ponerse de acuerdo en si los dos extranjeros cometían sacrilegio o escándalo público, tecnicismo de importancia para saber qué cuerpo policial debía detener a los extranjeros y ante qué instancia habrían de comparecer, ya que, en los asuntos religiosos y de civismo, las autoridades de Malacca Doce no pueden actuar de oficio, y sólo lo hacen por exigencia popular, lo que exige un debate previo por el método Phillips 66. Es un sistema de decisión lento, pero normalmente evita disgustos. Pongamos por caso un fragmento del debate que discurrió en la posada entre un sociólogo capitalino y un teólogo de provincias que estaba de paso, fragmento que consta en el dossier policial:

TEÓLOGO: lo que sostengo es que, efectivamente, es *sacrilegio* que dos o más personas hablen y caminen enfrentadas todo el rato, puesto que así confunden a los Ángeles de la Guarda que tutelan la conversación, y de eso no me cabe la menor duda. *Pero* la disposición octava de La Condenación exige que, verdaderamente, haya certeza total de que se esté cometiendo pecado, es decir, en este caso, la certeza de que estén hablando.

SOCIÓLOGO: mi estimado opositor me da la razón: ¡es sacrilegio y la piadosísima ha de conducirlos al templo!

(La AUDIENCIA asiente: ¡ah,! ¡sí!, hum, ¡vamos!, ¡eso!, ¡él lo dice!, ¿quién llama a los piadosos de la porra?, ¡guay!).

TEÓLOGO: ah, amigo mío, lo que pasa es que nadie puede asegurar de que estén *hablando*. Porque, dígame, ¿usted entiende lo que se dicen? Yo no, desde luego. Y la octava es bien clara: *in dubio pro confiteor*.

Y así los malaquitas capitalinos se debatían entre la impotencia, la irritación, la indecisión y el saberse provocados, como cuando alguien os ridiculiza en público lanzándoos una pulla inteligente e irrefutable para la que no encontráis una respuesta adecuada. O, como dijo el superintendente de la Totalidad, se fueron cociendo en su propio caldo de agravios indefinibles, hasta que la tapa de la olla salió despedida.

Que fue lo que pasó a media tarde. Diez mil malaquitas protestaban en la plaza consistorial y demandaba una respuesta, cualquiera que esta fuese, que pusiera fin al comportamiento escandaloso. La policía municipal daba largas aduciendo que era un asunto religioso; en realidad un subterfugio para devolver un agravio electoral, aunque nunca se pudo demostrar. Pero lo cierto es que los recaderos del templo volvían con una respuesta displicente. Los sacerdotes del templo estaban teológicamente inseguros y no se decidían. Estaban también muy preocupados con el solvente nivel de ciertos teólogos provincianos que habían aparecido en las discusiones, vislumbrando un cisma en el sincretismo instalado en Malacca. En realidad esperaban a ver si los manifestantes aumentaban o se cansaban, porque el número no bastaba para tomar decisión alguna y pedían que más grupos se decidieran en firme porque el quórum era insuficiente. Las noticias que llegaban de la plaza eran muy confusas. Del templo habían enviado dos emisarios al superintendente de la Totalidad, pero sin mucha resolución, solo para ganar tiempo. Luego se descubrió que unos álguienes habían interceptado a los emisarios y los habían convencido para dar media vuelta. Francamente, un caos.

Lo peor estaba en el despacho del superintendente. Era un miércoles cualquiera que había empezado estupendamente con una preciosa mañana soleada y fresquita, pero a primera hora de la tarde la cosa francamente se había ido al garete. La superintendencia era un edificio pequeño y luminoso, en la calle "Los Héroes", número 7, a la vuelta del mercado, y no había mucha seguridad, más allá de la verja donde se candaban las bicicletas, un bedel y algunos policías municipales ociosos puestos por cortesía del Gobierno, armados con táseres y una o dos pistolas láser. En el despacho un letrado decía: "hoy es un día fantástico. Seguro que alguien viene a estropearlo". Podría poner "a joderlo", pero decía "a estropearlo". Era un regalo,

colocado temporalmente hasta dar con un pretexto para apartarlo, porque el superintendente no era muy amigo de tales aserciones (ni "joderlo" ni "estropearlo"). La búsqueda del pretexto duraba ya dos años y el superintendente lo había olvidado, salvo cuando alguien mencionaba el cartel, que estaba hecho con una placa de loza esmaltada colgada de un clavo y un cordel. El superintendente había descubierto que la placa era un buen iniciador de temas de conversación con hombres. Lo mismo pasaba con las lámparas: eran horribles, y complicadas de limpiar si te ves obligado a usar un plumero porque el aspirador es un anatema local; pero esencialmente eran unas lámparas feas, con una imitación poco lograda de una araña versallesca demasiado pequeña y con cristales de mala calidad que habían perdido el brillo. Las lámparas eran más un tema de conversación con mujeres. El superintendente no las había cambiado (las lámparas, se entiende) porque había dejado de verlas. "Mire usted, es que solo soy consciente de las lámparas cuando me las señalan las visitas. El resto del tiempo no las veo, porque no vivo mirando al techo. Estaban cuando llegué". Y la conversación evolucionaba amable e inofensivamente. A veces derivaba en metáforas sobre la vida y el deber ("mirar al techo" en oposición a "mirar al frente"). Otras veces, la cosa iba de regalos terribles. Otras, sencillamente, se trataba del viejo truco de encontrar terreno común en escandalizarse unánimemente: "parece mentira que en el siglo 43 seamos incapaces fabricar una buena imitación que no repela el polvo". En caso de necesidad, la complicidad podía buscarse con metafísica barata: "¡ah!, pero, ¿qué es el buen gusto?", un camino arriesgado, pero sumamente fructífero si los gustos eran similares; el superintendente tenía buen ojo para adivinarlo. Y así todo el tiempo.

El superintendente era un antiguo soldado de la Totalidad que, tras retirarse, había optado por la carrera de funcionario diplomático. Aquella tarde estaba preocupado. No sabía lo que pasaba, la información era fragmentaria y contradictoria, nadie localizaba al Virrey. En su opinión no pasaba nada realmente, pero un montón de personas a su alrededor estaban nerviosas y convencidas de que algo pasaba. Una tormenta tan perfecta que daba miedo. Miedo porque parecía artificial y el propósito era desconocido, y nadie sabía qué hacer, pero parecía que había que hacer algo. Respecto a lo desconocido, recapacitó, se había pasado 20 años viviendo bajo la hipótesis de que en algún momento habría de afrontar amenazas desconocidas y alienígenas. *"¿Qué problema hay? Se supone que fuimos entrenados*

para enfrentarnos a lo desconocido", se dijo, un viejo lema militar de la Totalidad para los momentos de incertidumbre. Siendo honesto, su mayor temor era que el statu quo de la Totalidad en Malacca 12 fuera puesto a prueba y saliera mal parado. Un disturbio salido de madre, una provocación, un guardia armado y nervioso perdiendo los papeles, quién sabe.

Calvo menos en las sienes, con una cabeza grande y un corpachón de luchador, el superintendente estaba arremangado sobre la mesa, mirando un plano con chinchetas y despachando recaderos y veedores. En la mesa había un marco con el letrero "al mejor padre" (las circunstancias de ese letrero eran semejantes a las mencionadas para el otro, se ve que el tipo no tenía suerte con los regalos que le hacían). La gente entraba y salía, buscando y trayendo noticias, y hasta es posible que alguien estuviera intentando hacer su labor cotidiana, pero es dudoso. Los funcionarios esperaban instrucciones, pero el superintendente se negaba a darlas: es un asunto local, no se viola ninguna ley federal, no tenemos jurisdicción y realmente no está claro qué está ocurriendo, no hay para tanto, haced el favor de calmaros. Acababa de largar al dueño de la posada, que había estado media hora jurando que los extranjeros no estaban haciendo nada que apareciera claramente en las listas, y que simplemente quería dejar *constancia* de que él había querido hacer *algo*, pero los doctores no se ponían de acuerdo. El superintendente estaba convencido de que todo había empezado realmente cuando los parroquianos se habían puesto a discutir qué podía hacerse. También es mala pata que los extranjeros de marras hubieran acabado precisamente en la posada donde los doctores de la Ley almorzaban los miércoles después de los oficios, y todo el mundo esperaba una respuesta de los doctores, que no podían escabullirse. Mala pata, o mala intención, francamente. Para colmo, el Sumo Sacerdote, un tipo bastante sensato que no se jubilaba por falta de recambio, estaba de viaje en otro sistema. Ni queriendo se organizaba tan bien aquel tinglado de coincidencias. Llevaba dos horas preguntando si alguien podía explicarle cuál era el problema, pero nadie se atrevía a decir ni sí, ni no. Los extranjeros podían estar tranquilos, que nadie habría de ponerles un dedo encima (*al extranjero habrás de proteger, porque tú fuiste forastero*, Condención VIII, 7), y precisamente ahí estaba el problema (*no darás castigo si no sabes por qué, pero no permitirás que la Ley sea subterfugada*, VIII,1 y I,3, respectivamente). Un tipo que decía venir de parte de los sacerdotes del templo daba su versión de lo que ocurría, pero no estaba claro si venía a pedir ayuda o para informar, a buscar intermediación o consejo.

El tipo del templo estaba de pie en el despacho, y les acompañaba el secretario de la superintendencia. El secretario era nuevo y miedoso; al escuchar la noticia de una turba de mil personas en el ayuntamiento, y como trescientos parroquianos de la posada en pleno Phillips 66, dijo:—Súper, ¿cree que debo llamar al destacamento de marinos? Pueden llegar en minutos.

Se refería a un trozo de asalto, habitualmente asignado a la escolta del Virrey, equipado con servoarmaduras y que prudentemente estaba acuartelado en la cara oculta de Mlk, la cercana luna de Malacca 12, lejos de la vista de la población, aunque su presencia era de dominio público.

—¡No!—respondieron al unísono el tipo del templo y el superintendente, los dos escandalizados y aterrados.

El secretario y el superintendente se quedaron tan sorprendidos de la reacción del tipo del templo, que este se vio impelido a aclarar: —sería desproporcionado, una fuente de problemas, quizá la provocación buscada por quién sabe quiénes, ¿no les parece? — El asunto de Pupis VII estaba en la mente de muchos.

—Desde luego no es una fuerza policial—dijo el Súper.—Están expresamente desequipados de material antidisturbios. Llevan armas de rayos y bombas nucleares, y saltan dos kilómetros de golpe. ¡No llevan porras ni gas lacrimógeno! —y se calló porque estaba el tipo del templo y con esa gente nunca se sabe qué facción está escuchando.

El tipo del templo se marchó enseguida diciendo que solo había venido a advertir que en el templo se demorarían en tomar una decisión, y que volvería en un rato si había novedades, lo cual era contradictorio. Fuera en la calle no había nadie, y solo se escuchaba el lejano rumor de la plaza. El superintendente se quedó pensativo viendo marchar al tipo del templo, reflexionando sobre lo que realmente había dicho, y llegando a la conclusión de que no había dicho nada. Sólo había aumentado el desconcierto. Qué interesante, qué apropiado. Iba a mandar retenerlo, pero ¿bajo qué premisa? y menos con aquello entre manos.

El desenlace pasó muy rápido y de forma inesperada. La cosa parecía eternizarse, ni arre ni so, hasta que tres sacerdotes salieron ostensiblemente del ayuntamiento con cara contrariada, a la vez que el jefe de policía se asomaba al balcón con un altoparlante y, aduciendo un empate técnico en el Phillips 66, se negaba a actuar. La opinión generalizada es que, por el tono, el jefe de policía sólo

quería tocar los cojones al personal porque estaba enfadado tras haber perdido las elecciones a alcalde dos meses atrás. Dos facciones rivales demasiado juntas, se dice que respectivamente de laicistas pro-decencia y pro-aislacionismo, aunque no tiene importancia real, llegaron a las manos de pura frustración. Y, en ese momento, pasó. Un testigo presente en la plaza del ayuntamiento reportó que, justo cuando la cosa se ponía fea de verdad y los de las facciones se agarraban para zurrarse, oyó decir al de al lado "a tomar por culo", y esa persona lanzó al aire un objeto del tamaño de una botella pequeña y por toda la plaza empezó a caer confeti y a escucharse un anuncio musical, perfectamente audible: "Circo Sidral, en próxima visita, ino se pierdan los payasos del Circo Sidraaaaal!".

Se hizo un silencio terrible, porque la voz era la del sumo sacerdote, dijeron algunos, pero en general todo el mundo se quedó perplejo, y el confeti caía y caía, a cámara lenta, hipnótico, sacando brillos del sol, totalmente extemporáneo. Era pegajoso y pertinaz como un esparadrupo y la muchedumbre empezó a quitárselo de encima, concentrándose y perdiendo repentinamente las ganas de pelear.

Unas horas más tarde se dio por perdido el rastro de los forasteros, que fueron denominados los payasos. Por supuesto, no había tal circo Sidral. También se llegó a la conclusión de que al menos una docena de los teólogos que habían estado de paso por la ciudad estaban compinchados con los payasos. Tanto más cuanto precisamente aquellos teólogos tramposos eran los que más habían hecho por soliviantar a la concurrencia para, en el último instante, sacarse de la manga un tecnicismo dubitante.

Esto ha sido una especie de coitus interruptus mental colectivo y recurrente, afirmó el superintendente federal.

Realmente nadie sabía qué había pasado.

Entre tanta confusión, con todos los recursos dedicados a juntar las piezas del puzle, a nadie se le ocurrió poner coto a la prensa. En poco tiempo, la noticia recorría la Totalidad y el Más Allá, ya fuera en la sección de sucesos, ya en la de interplanetas. Una broma colectiva saca de quicio a Malacca 12. El suceso fue comentado por doquier, mayormente en las secciones de cotilleos y noticias simpáticas y extravagantes. Como extravagancia inane fue recibida en casi todas partes.

Excepto, que sepamos, en dos lugares.

En Aleksandr, dos funcionarios de inteligencia de la Totalidad mantuvieron una conferencia telefónica. Los dos hombres coincidieron en que, al margen de lo que hubiera estado ocurriendo, alguien había lanzado una señal elemental pero potente, que había de llegar al último rincón habitado del Universo. Lamentablemente, no había nada que pudiera hacerse, fuera lo que fuere que estuviese en marcha, que no parecía algo esencialmente violento. Los hombres colgaron. El primero se quedó pensativo. El segundo regresó a una caótica reunión en la que una docena de personas intentaba clarificar qué había pasado realmente en Malacca, y se extraían lecciones de un excelente ejemplo de guerra psicológica y manipulación colectiva, además de un informe de recomendaciones que alguien verdaderamente importante había pedido.

La noticia llegó también hasta Rakh, uno de los planetas del llamado eje problemático, sometidos a bloqueo, y al que las noticias llegan penosamente y casi siempre tarde. Allí, Sikander Julkarn, tirano gobernante, apagó el televisor en el que aparecía congelada la imagen de los payasos conversando en el patio de la posada de San Malaquíás, y comenzó a preparar su maleta de viaje.

Entrar y salir

15:12 UTC. Marcos López, contrabandista espacial conocido en algunos lugares como "el Señor López", contempló el disco de Rakh a cien mil kilómetros de distancia, multiplicado por nueve en los monitores de su nave. Apuró un tónico de hierbas y dejó vagar su mente recreándose en los beneficios del comercio no regulado.

Había llegado a la hora prevista.

Llegarás el martes 2, exactamente a las 1512 UTC, le había dicho Santos. Hay un crucero en la fotosfera, sí, es cierto, todo el mundo lo sospecha. Saldrá un poco antes de las 1512. Aparentemente por una avería, diremos. Los más avispados sabrán que, en realidad, el crucero ha sido convocado a Aleksandr. Pura rutina. Un crucero de la Totalidad tiene quinientos tripulantes pero hay más de ochenta mil personas involucradas en su mantenimiento, soporte y avituallamiento. Es imposible mantenerlo todo en secreto. Mueves una tonelada de precursores de pollo congelado para dejar sitio en un almacén de la Armada, y alguien saca conclusiones y las cuenta para alardear. Conclusiones generalmente erróneas, pero la gente las toma como ciertas y créeme que más de una vez nos hemos hecho a un lado como si los motivos imaginarios fueran ciertos porque, si no, teníamos que liquidar mil personas por aquello de que hay una reputación que mantener. Simplemente hay gente que se entera antes y tú eres uno de ellos. En realidad, todo el mundo cree que el crucero sale el miércoles 3. Te prometo que va a haber una bronca ideal en Aleksandr porque se les espera un día más tarde. Te cuento todo esto para que entiendas que hemos hecho lo posible porque seas el primero. Tendrás un día de ventaja con los que lleguen de fuera y creemos que dentro no hay nadie. El último caza patrullará a las 1415, así que no se te ocurra entrar al sistema antes, porque el piloto no sabe nada y te abatirá o te detendrá.

La gente de la Totalidad le había contactado a través de Herminio Apeziturri, alias Herminio Primero, rey de Mikkas Cinco. López no trabajaba con los federales más que muy de tarde en tarde, aunque tenía algunos contactos de los que se fiaba. Pero la institución de la Totalidad era demasiado bizantina para su gusto. Nunca sabrías si te estaban sacrificando por un beneficio mayor, si estabas en manos de un topo, de un agente corrupto, o simplemente tu expediente pasaba por las manos de

un chapucero y tu cobertura saltaba por los aires. Y eso que tenía una especie de oferta permanente de sus amigos: "vente con nosotros, eres un tipo decente, tendrás inmunidad y te ahorrarás los disgustos como el que acabas de tener con Santos".

En aquella ocasión habían enviado a Bolger, un viejo amigo. Bolger había llegado expresamente para escenificar que esta vez había una confianza total. En realidad Bolger venía como una forma de pedir disculpas, porque estaba haciendo de niñera de Santos. Santos, la que traía las instrucciones, era una chica de cara alargada, muy pizpireta, y la persona que había detenido a López por última vez. Quiérese decir detenido de verdad, no un paripé para despistar a los malos. Se había librado de la cárcel, sólo le cayeron treinta días de preventiva en calabozo para que no pudiera destruir pruebas, pero la incautación fue otro cantar. López aún se estaba recuperando económicamente.

Santos y Bolger llevaban el mismo atuendo: buzo gris de astronauta con refuerzos en las articulaciones. Parece mentira que fueran el mismo traje en diferente talla. A Bolger le hacía bolsas por todo, a ella le quedaba hasta sexy.

López estaba demasiado enfadado como para fijarse en el buzo de ella. De hecho, cuando la vio acercarse, por un momento creyó que le iban a detener otra vez y se había pasado diez segundos haciendo examen de conciencia, dilucidando si tenía alguna causa pendiente. Pero no, Santos era simplemente el contacto, y enseguida se aclaró todo.

—No puedo llegar el martes 2—dijo López cuando ella estaba hablando de los precursores de pollo congelado. —No me da tiempo.

Ella iba a responder, pero se había desconcentrado de su guión y él siguió hablando.

—No con la mierda de nave que tengo.

—Qué necesitas—dijo ella con cara de pocos amigos.

—Algo rápido y aerodinámico. VTOL. Tengo que llegar como si mi vida estuviera en juego. No puedo estar dos horas cayendo al planeta como una hoja al viento, ¿me entiendes? Y, por supuesto, nada de dos fases. Nadie puede escapar si el enemigo sabe dónde está orbitando tu nodriza.

—¿Qué llevas ahora? —dijo ella con tono de no creerse nada.

—Una cafetera.

Bolger apagó su cigarrillo y medió.

—A ver, no tenemos todo el día. Niña, es cierto, yo he visto su nave. Tipo tres como máximo. Yo diría que lleva con cargas legítimas medio año.

—Eso es, nada de correr—dijo López. — Comercio legal, aburrido, prosaico. Camionero total. Encima me convocáis en Mikkas...

—Mikkas es convincente por la carga que traes y la ruta que haces—dijo ella.

—... en Mikkas, que es propicio para la tapadera, pero queda en el otro confín. Son cuatro saltos, no puedo llegar el martes. Jueves como pronto.

—Pues se tiene que poder. Porque *El Poderoso Caballero* ya ha recibido las órdenes y el bulo está en marcha. No te imaginas el tinglado que hemos montado y la de payasadas que hemos hecho. Martes 2.

—Pues depende de ti. Haberme preguntado antes. Mira, cuanto menos sepa yo, mejor, así que no me digas nada más del crucero. No quería ni saber el nombre. Os creo. Pero tendrás que conseguirme un trabajo: porque si es conmigo, jueves 4. Martes 2 es con otro.

—Ya te veo venir.

—Pues entonces cuéntamelo.

—Por medio de algún semidelincuente al que manipulemos sin que se dé cuenta, te conseguimos un empleillo auténtico que te proporciona un trasto rápido. Tú haces el trabajo pero, además, casualmente te enteras de una oportunidad en Rakh y das un rodeo en el regreso, pescas algo en Rakh y vuelves; pides perdón a tu benefactor por el retraso, seguramente ayudará darle un 60% de las ganancias de Rakh, y te vas con viento fresco y yo te he financiado no un negocio, sino dos. Ilegales, para colmo. Como mi jefa tenga que dar explicaciones en la cámara, ya vas a ver qué risa.

—Más o menos.

—Ya.

—Mira Marta, no es personal; podría serlo, pero te prometo que no es personal. No llego. De paso, quiero que encargo de tapadera sea un trabajo limpio, nada escabroso. Conoces mi expediente, tiene que ser en la línea.

—Ya, para mantener tu prestigio.

—No, por mantener unos principios. Ni drogas, ni carne, ni armas. Solo objetos de deseo y comercio justo. Ocurre que mi definición de "justo" choca con vuestras regulaciones, que son injustas. Un arma política.

—Principios—dijo ella bufando.

—No son los tuyos, pero son principios. Reconozco que mantengo una profilaxis. La gente que mueve cosas sucias acaba trayendo problemas, está pringada, te pringa, te acaba entrapando. Pero aunque fueran encantadores no lo haría. Por eso se llaman principios: porque ordenan todo razonamiento y acción desde su inicio y, si te pierdes, miras atrás y sabes si vas por el buen camino. Me has detenido una vez y conoces mi expediente. Te parezco mierdecilla, un evasor de impuestos que encima se te escurrió con una multa, pero el expediente es el que es: sin carne, sin tóxicos, sin armas. Y no te estoy vendiendo nada. Eres tú la que ha venido, Bolger solo es una comparsa, perdóname Bolger; pero, Marta, a ti no tengo que convencerte de nada porque no gano nada convenciéndote. Me vais a dar el trabajo. No lo decides tú. Tú no me lo darías, porque no te gusto. Alguien te ha mandado para que vengas a reclutarme.

Bolger tosió.

La conversación en Mikkas transcurría en una cafetería del espaciopuerto. Bolger estaba encantado: a ojos del observador casual parecía una discusión vagamente airada entre personal de tierra, tal vez sindical, un rollo sobre los turnos, fantástico para la tapadera. En su opinión, ciertos arquetipos hablando quedamente llaman más la atención que una trabajadora de pista hablando airada en la zona de recreo. Ella parecía la supervisora de él; él parecía un empleado díscolo y demasiado productivo para echarlo. Pero Bolger tenía prisa y acabó cortándoles, porque ella tenía cara de no creerse nada.

—Se nos acaba el tiempo—dijo Bolger—Buscaremos algo, ya te las ingeniarás. Sigamos con las instrucciones.

Marta Santos respiró hondo, y siguió explicando.

En Rakh hay un lugar donde los rakhotis emprendedores van y esperan que lleguen las naves sin anunciar: el muy conocido astropuerto de Kaccha kUpaka, también llamado "Momo" y de otras mil maneras. Es tremendo e inseguro comerciar de esa forma, pero las comunicaciones biunívocas son penosas, así que malamente pueden concertar otra cosa con las naves independientes. A veces alguien tira una cápsula desde una nave o manda un recado por el hiperespacio por idéntico medio. Es carísimo, nunca se sabe si el mensaje es recibido y por quién, porque los acuses de recibo son complicados, salvo que quieras que todo el mundo se entere que estás hablando con el exterior.

Es, por tanto, de conocimiento público que las personas emprendedoras en Rakh almacenan mercancías y aguardan la oportunidad de comerciar, siempre en el mismo lugar. Irás allá. No tiene pérdida porque es el antiguo espaciopuerto que ya conoces, a donde nadie ha aterrizado desde hace veintiocho meses por causa de nuestro estricto bloqueo. Plataforma cinco. No hay transpondedores. El cinco está borrado del hormigón, pero la pista la reconocerás si miras un plano viejo. Aterrizas y allá estará tu corresponsal. Recoges el paquete y sales pitando. Non stop. Paras en el Anillo de Harad, nos das el paquete. Estaré yo. Me lo das solo a mí. A nadie más. Luego te pierdes y haces vida normal. A poder ser, lejos de mí.

15:13 UTC. López se acomodó en su butaca y la nave comenzó su aproximación. Los monitores detectaron una anomalía en el sol, y el crucero salió de la fotosfera. Lo hacía en el plano de la elíptica, usando el mismo sol para taparse y dejando Rakh al otro lado. Había enviado una sonda por delante para que apareciera al otro lado del sol y le diese perspectiva. Calculó que el crucero se había ido cosa de doce minutos antes pero lo estaba viendo con retraso, multiplicado por nueve pantallas con diferentes filtros. Ver salir un crucero de la fotosfera de una estrella es un espectáculo. Parecía un jinete del apocalipsis hecho de alambre arrollado, una maraña surgiendo indiferente de las llamas del mismísimo infierno. *El poderoso caballero*, el primer crucero orgánico de la Totalidad, con un casco de silicio y carbono tejidos y repleto de tentáculos. Lo fue grabando todo. No tenía claro si quería comerciar con ello, hacer un viral, chincharle a Santos, o qué, pero como mínimo quería saber si era posible conseguir las imágenes y aprender algo de los elusivos cruceros de la Totalidad. Nunca se sabe si alguien pagará por ver, o simplemente por saber. La imagen del crucero se congeló. La sonda había sido destruida. Conociendo a la Totalidad, le habían dejado un minuto para que supiera que estaban allá y que todo ocurría conforme al plan.

Casi nadie lo hace así, pero López arrancó el altímetro a una distancia absurda y comenzó su aproximación. Pensaba mantener la velocidad hasta el último momento y frenar muy bruscamente. Empezó a emitir un ping luminoso y de radio. Nunca se sabe con los rakhotis, así que mejor ir rápido y anunciarse para que no te confundan con un meteorito no sea que les quede algún misil.

Iba de frente a la cara oscura, manteniendo una ruta creíble, como si quisiera ocultarse del sol. Soltó más sondas, a los lados, de frente. Tenían el tamaño de pelotas

de tenis y comunicaban solo en su dirección, en un haz finísimo. Cualquiera otro que no fuera él sólo detectaría el haz si se interponía entre la nave y el satélite. Las sondas de los lados se desperdigaron para darle más perspectiva y asegurarle que era el único en el sector. Las que fueron de frente se desplazaron hacia una órbita geosincrónica para darle imágenes del astropuerto.

No esperes soporte en tierra. A todos los efectos para ti es una explanada en el campo. Te puedo confirmar que el sitio sigue siendo de fiar. Está como lo dejaste la última vez. El astropuerto sigue siendo una anomalía, una ruina pero funcional si no fuera porque hace dos años largos que no aterriza una sola nave. Hay hasta almacenes frigoríficos. Sikander lo maneja. Como todo en Rakh, no está claro si es parte de sus negocios privados o del estado. Sea como sea, hay orden y concierto. En tiempos hubo algunos incidentes que ya conoces, no me detengo. Ahora es bastante seguro comerciar. Compras y vendes a los agentes de Sikander. Ellos intermedian y se llevan su parte, que es asombrosamente poco, ronda el uno por ciento. A todos los efectos es menos que la comisión de un medio de pago. La seguridad y la refrigeración son gratuitas.

Claro que lo que pasa es que el negocio de Sikander no es cobrarte una comisión. Es dejarte comerciar con el exterior. El pago es en especie: favores, lealtades. Hay días que no sé si el que bloquea es la Totalidad o Sikander.

15:21 UTC. Comenzó a frenar. Había buscado una solución de compromiso: no desmayarse en ningún momento. La Totalidad ha embargado la tecnología de éstasis. Nunca, de hecho, la mostró. Solo la lleva en sus propias naves. Así garantiza un aspecto elemental: nadie puede plantarse en tu atmósfera repentinamente e invadirte. Tiene que aproximarse.

Estaba medio atontado y apenas veía los monitores, pero le pareció que el astropuerto estaba muerto, sin actividad.

Por fin terminó. Él estaba jadeando. El altímetro dejó de mostrar valores exponenciales. Corrigió el rumbo para no caer como una piedra, se aflojó los cinturones y se permitió el lujo de contemplar el paisaje mientras el piloto automático describía una grácil espiral de cuarto de órbita, con rumbo decidido y resuelto hacia su punto de aterrizaje a pesar de tanto rodeo; derecho al terminador, pues iba a llegar con el amanecer.

La panza y el morro estaban al rojo. Obtenía información de la espalda, que recibía información de las sondas que había dejado atrás. El aeropuerto, efectivamente, estaba desierto. El último bloqueo llevaba durando demasiado y los comerciantes se habían ido a casa.

Recogerás una entrega especial. No aceptarás ninguna otra mercancía. Puedes aceptar correo, pero lo leeremos todo aunque te dejaremos entregarlo. El correo tendrá que pasar y llegar a sus destinatarios, porque nosotros no estuvimos allí ni queremos tener nada que ver con este asunto. Nada que ver en absoluto. Yo, simplemente, estaba trabajando en Mikkas y me he topado contigo. Nos hemos puesto a discutir: tú estás cabreado por la detención, yo estoy enfadada porque el juez te soltó sin escuchar mis argumentos. Menos mal que Bolger estaba a mano y las cosas no han llegado al río. Blablablablablaba. Esa última parte podría no ser simple tapadera. Es tan verosímil porque probablemente sea cierta. Y, Bolger, eres una bellísima persona y, en calidad de tal, los jefes te han enviado para templar los ánimos y todo eso. Pero, como vuelvas a decirme "niña", te juro que te rajo la masculinidad y luego aduciré que el López me sacó de quicio, que yo estaba resentida por aquella vez que se me escurrió, y por eso perdí los papeles. Y el López te confirmará que los jueces se creen cualquier cosa que les digan los acusados. Jolín, que parece que han venido a este mundo a impartir eximentes en vez de justicia. ¿Estamos?

15:26 UTC. López realizó un planeo de varios kilómetros hasta quedar a una altura de 100 metros sobre la pista, y desde allí se dejó caer suavemente. Como había dicho Santos, la pista no tenía indicaciones, aunque en el hormigón había algunas marcas de pintura amarilla que en algún momento formaron un cinco.

Salió de la nave con una máscara 360. Usaba el visor aumentado de la IA. Una densa polvareda se había levantado pese a su cuidado, y cerca ardían unos matojos que habían medrado entre las grietas del hormigón y habían prendido fuego con los gases calientes de la nave; podía oler los carrizos chamuscados y, tras buscar un poco, la firma calórica de las llamas apareció a un costado. La brisa traía retazos de humo con sabor a tomillo, pero no a grasa o carne. También notaba el suelo caliente a través de las botas. En sitios como aquel, le gustaba aterrizar así: las llamaradas y el ruido solían aterrorizar a la fauna silvestre y se mantenía brevemente ocupada a una

eventual oposición muy cercana. Teniendo en cuenta que la nave acababa de cruzar la atmósfera al rojo vivo, las llamas no le preocuparon lo más mínimo y las ignoró.

La etiqueta de un sitio como aquel astropuerto informal invita a limpiar de polvo y paja las inmediaciones como atención a cualquiera que esté en la pista. A López le pareció que si estuviera en tierra aguardando una nave de la forma más discreta posible, habría mantenido el lugar descuidado para no llamar la atención delatando que se esperaban visitas. Ascendió el terraplén y oteó. Llevaba amanecido unos minutos y el sol iba desterrando las sombras alargadas sobre la pradera de hierba acerada. Lejos, como a medio centenar de kilómetros, el sol iluminaba las cordilleras de roca. El astropuerto estaba en un páramo a gran altitud, no lejos de la capital, pero en una zona prohibida para los habitantes. Hacía frío y el sol no calentaba aún.

La pista número cinco era un cuadrado de hormigón agrietado, rodeado de un terraplén que deflectaba los gases. Todo en mitad de un pasto polvoriento y pisoteado, lleno de calvas. A unos doscientos metros había unas casamatas, y más lejos algunas construcciones y otras pistas de diferentes tipos: alargadas para aterrizajes en planeo, pequeñas para aterrizajes verticales. Pese al aparente abandono, había algunos signos interesantes. Los cristales de algunos edificios a medio kilómetro lanzaban algún destello al sol de la mañana. Estaban enteros, y alguien se ocupaba de quitar el polvo. Por lo que podía ver, había verjas de malla contra alimañas circundándolo todo, el enmallado sin un solo agujero, y bien tenso. La techumbre de los hangares estaba intacta, y las grandes puertas cerradas. Y lo más importante: la suave brisa que se llevaba el polvo no hacía golpear nada: ni puertas, ni ventanas, ni chatarra. No se oía nada, ni un tintineo. Alguien había priorizado la dejadez y se ocupaba de ciertos aspectos sutiles.

Más a lo lejos, había dos pecios. Distinguió algunos restos y chatarra en un cráter. No estaban la última vez que López había venido. Que recordase, allá había habido una pista, la siete, de la que no quedaba rastro. Tenía ciertas noticias de un incidente. Sacó fotos para confirmar posteriormente la historia. Más a la derecha, en la tres, una lanzadera VTOL de tipo cohete brillaba al sol. El viento polvoriento la había bruñido durante meses arrancando hasta el último vestigio de pintura y la cerámica del casco refulgía pulidísima. Conocía la historia: parecía estar entera, pero no funcionaba. Al principio del último bloqueo, un tal Otter había aterrizado con intención de comerciar, pero resulta que la Armada le había dejado pasar y, cuando

estaba posado, le había lanzado un rayo. El rayo era de un tipo nuevo, que no parecía haber hecho nada excepto que la nave de Otter no funcionaba en absoluto y por causas inexplicables. La nave estaba muerta sin remisión. Sin recambios y con los medios disponibles en Rakh, lo tenía bien crudo. Y Otter se había quedado varado en Rakh porque no había una sola nave en condiciones. Decían que la Federación había dejado funcionar la radio de Otter para que pudiera contar lo que le había pasado. A los días, cuando medio universo había visto las fotos y los vídeos cada vez más desquiciados de Otter, los federales le lanzaron otro rayo y se hizo el silencio en mitad de una transmisión en la que Otter ya directamente chillaba. Circularon algunas imágenes, no se sabe hechas por quién, seguramente por la Armada. Decían que Otter había sido muy molesto en ámbitos que trascendían el comercio informal, y que había sido alimentado con inteligencia falsa y escogido para ser escarmentado y como advertencia para los demás: *no nos molestéis con Rakh. Toleramos puntualmente el comercio informal, pero comerciar con Rakh nos enfurece y vuelve sádicos. No habrá ley para el que comercie con Sikander.* Decían que Otter había dejado deudas en Rakh en su penúltimo viaje, y que no estaba siendo bien tratado, aunque no estaba claro cómo podían creerse esos rumores. López había escuchado a un gracioso decir que Otter era Jesucristo: su pasión había salvado al resto de la humanidad. El caso es que se había hablado mucho del asunto y de una malograda expedición de rescate que hubo y cuyos participantes fueron cargados de cadenas y ostensiblemente exhibidos por la Armada. Después de aquello, nadie sensato se había atrevido a bajar a Rakh. Unos valientes, sí, quisieron forzar a lo bruto, pero desaparecieron sin espectáculo alguno ni la menor épica. Valientes y tontos. De ellos no se supo más, y con eso se acabó todo intento, cerebrado o descerebrado, de aterrizar en Rakh.

Todo el lugar estaba cruzado por vías de servicio, algunas de tierra batida, pero había dos asfaltadas. Miró a la casamata más cercana esperando que alguien apareciera, como ocurría años antes con el informal comercio. Conocía bien la pista cinco de otras veces. Antes, el bloqueo había sido intermitente por décadas, casi desde la guerra civil. En aquellos tiempos, gente como López se la jugaba basándose en informes de inteligencia sobre la presencia de los cruceros, y hacía algún viaje. En los últimos dos años, sin embargo, la Federación había optado por un bloqueo permanente y duro, cansada de negociar infructuosamente con Sikander.

Lo que hacía más paradójico que él estuviese allá, enviado por la Federación.

Salvo que todo fuera una argucia de algún tipo para que la Totalidad pudiera entrar y salir y afirmar que nada sabía.

La IA de la máscara llamó su atención: de entre las lomas, una pequeña polvareda daba noticia de un microbús que se acercaba.

—No estará de más que lleves protección—había dicho Santos. —Un par de drones, torretas, no sé... lo que uses habitualmente conforme a tus *principios*. Pero nadie más en persona. Sólo tú. En todo caso, te prometo que no habrá oposición. Realmente todo está muy medido. Bolger, prométeselo tú también, que de mí no se fía, aunque no sé por qué, porque yo también tengo *principios*, si bien no son los suyos.

—No te puedo decir mucho, pero no habrá oposición—dijo Bolger. —Creo que será más seguro que ir a cenar por Aleksandr. Esta todo muy, muy cocinado.

—Corta el rollo, Bolger. Tanta explicación es mala para la credibilidad, como el López podrá decirte.

"Hay una guarnición muy pequeña —siguió diciendo Santos— aunque el lugar parezca desierto. Aparecerá un transporte cuya naturaleza no puedo precisar, pero será tipo camioneta o microbús. De ahí saldrá el signore Baba. Y gente armada de la que no habrás de temer nada en tanto no hagas nada raro. Hasta ahí, nada que se salga de lo normal en los tratos del inframundo. Bien, el signore Baba te dará la otra mitad de esto— y puso sobre la mesa medio posavasos rasgado con el logo de una taberna en Rakh. A López le sonaba el logo, seguramente de alguno de los típicos locales que rodeaban el astropuerto de Rakh, y a donde se podía ir a tomar algo y cerrar un negocio.

—Analizarás el que te dé Baba: tiene mi saliva y la de Bolger, aquí presente, mezcladas.

López miró a su amigo arqueando las cejas. Ella lo vio y siguió hablando.

—Si te lo preguntas, no, no nos hemos besado con lengua ni de ninguna manera. Hemos escupido tal cual en un vaso. Por cierto, el que tú llevas porta también marcadores de otras personas. Procura no ensuciarlo.

"Tras verificar de forma similar tu mitad del posavasos, el signore Baba te hará entrega de la mercancía, que es una persona, un pasajero humano, voluntario, en buenas condiciones físicas, y con experiencia de vuelo. Yo no quería decírtelo, pero aquí Bolger, con buen tino, me dijo que deberíamos asegurarnos de que lleves

provisiones para dos. Sacarás a esa persona de Rakh, y el viernes 5 la dejarás en el anillo, presentándote en el subsistema, en L2, a las 03.55 UTC.

—¿En qué parte del anillo?

—Tú te aproximas y ellos te asignarán muelle o finger, lo que toque. Yo estaré allá.

—Bien. L2 del anillo, ¿verdad?

—Sí. Y recuerda, solo me lo das a mí. Si no estoy, a nadie. Si ves algo raro, te largas con el paquete. Ya daré contigo.

—Vale. ¿El paquete viene voluntario?

—Ya te he dicho que sí. Con unas ganas locas de largarse de Rakh; no te dará problemas. ¿Algo más? ¿No? ¡Vale! Bolger arreglará los detalles, uh, crematísticos y te dará soporte. Es una putada, porque el precio está fijo y él no puede negociar. Bolger está destinado diplomáticamente en Mikkas, os conocéis de hace tiempo y vais a quedar a cervecar un par de veces. A mí no me verás otra vez hasta el anillo. Hazme esto bien y te dejaré en paz.

Se levantó, se arregló el buzo y dijo:

—Ya verás, el plan es sencillo y todo está claro. Nada ha de ir mal.

Y antes de irse añadió:

—Una cosa más. Yo no quería, pero Bolger dice que esto es importante para la tapadera de la tapadera. Por si alguien que nos conoce nos ha visto hablando aquí.

—¿El qué? —preguntó López.

Y ella le sacudió una bofetada. Bien fuerte.

Por supuesto, López sabía perfectamente que cualquier plan se sostiene al principio, pero en cuanto empieza a correr el tiempo ya nadie lo controla, y menos cuando se incorpora una tercera parte.

La nube que López había levantado al aterrizar casi estaba disipada, pero aún había el suficiente polvo en suspensión como para que algunos láseres rojos fueran visibles. López los había programado para que se movieran. Quedaba claro que había sistemas de puntería accionados desde la nave y que se mostraban por cortesía. El microbús venía bastante rápido y tocaba el claxon para llamar la atención, pero sin demasiada urgencia.

López bajó del terraplén y fue hasta la entrada de la pista. La IA de su máscara le combinaba información de varias fuentes, incluyendo las sondas que había dejado

en órbita geosincrónica. Hasta donde él podía ver, aparte de la gente que venía, en las inmediaciones no había ni un topillo, ni otra nave, ni francotiradores, ni comunicaciones.

El vehículo llegó frenando. Era un autobús pequeño, a ruedas, pintado con franjas horizontales, rojas y blancas, y bastante polvoriento. La puerta delantera se abrió y dos hombres armados y con visores, se bajaron con las armas colgadas del hombro, y echaron un vistazo alrededor, para inmediatamente silbar, y luego situarse mirando al exterior, como si supieran que López era inofensivo y las amenazas pudieran venir sólo de fuera. Un hombre de piel aceitunada se bajó del autobús. Llevaba una túnica, babuchas y uñas largas. Por lo que López conocía de las costumbres locales, era la forma de ostentar importancia dejando claro que no se trabajaba manualmente. Además de las gafas de sol y algo de oro. El hombre sonreía radiante con sus gruesos labios y una boca muy grande y una nariz imponente, y dijo:

—Soy el señor Baba. ¿Tiene usted la otra mitad de esto? —Y mostró medio disco de cartón rasgado.

López se acercó sin quitarse el casco y entregó su parte del posavasos sin decir nada. Los dos hicieron un análisis rápido con chequeadores de mano, recibieron resultados aceptables al unísono y volvieron a mirarse.

—¿Todo en regla? ¿No espera nada más de nosotros? Perfecto. Sólo nos queda entregarle al pasajero. Muy bien—dijo Baba dándose la vuelta. —¡Adelante!

Del autobús fueron descendiendo unas cuantas personas que armaron una cámara de video antigua, trípode, un micrófono de pértiga. También se desplegó un pequeño séquito de individuos con pelucas de abogado en la mano, un tipo con un tambor, dos tipos ceremoniosos que sacaron sendas parejas de timbales del maletero del autobús, y cuatro soldados vestidos con cota de malla muy fina de color gris apagado que tintineaba como demasiada calderilla en el bolsillo. Estos soldados provenían de la célebre guardia ceremonial de Sikander y eran conocidos como "los guardianes del cojín". Los cuatro soldados bajaron trabajosamente del autobús unas espingardas tan altas como ellos. Formaron en una fila presentando las espingardas, cuyas incrustaciones de marfil brillaban al sol de la mañana, mientras el séquito se arreglaba los trajes, quitaban algo de polvo a manotazos y se atusaban las pelucas. Baba miraba complacido cómo se organizaban en un encuadre.

—Ya estamos listos—dijo alguien.

El señor Baba se dirigió a López y le dijo con tono de excusa —no tardamos nada, denos un par de minutos. Si no le importa, le encuadraremos a usted y su nave durante unos segundos. Está bien que lleve casco porque así no se le identifica. Y ha sido muy buena idea lo de bajar la rampa. Imagino que se puede subir por ella, ¿verdad? —Y se dio la vuelta, ignorándole. —El micro no sale, ¿verdad? Sería un engorro repetir la toma. Bueno. ¡Que baje!

El séquito, los músicos, los cámaras y todo el mundo en general, excepto los dos soldados que habían bajado primero y que se habían alejado para vigilar, pusieron una cara muy severa. Del autobús bajó un anciano encorvado con una gabardina en la mano y una maleta de cartón en la otra, vistiendo chancletas y un pantalón raído. Baba se metió la mano derecha en la manga izquierda, sacó un rollo de papel precioso con hilos de oro y una borla mientras el tambor redoblaba, lo desenrolló y empezó a leer en voz alta, levantando la mandíbula.

—Poor la presente, el pueblo de Rakh declara que desea comenzar una nueva etapa en su glorioso paso por la Vida y el Universo. —Baba declamaba de tal forma que uno podía ver las mayúsculas—. Nuestro líder y amo Sikander Julkarn ha sido un gran Guía para Nosotros. —El tambor redoblaba más despacio, y Baba seguía leyendo. —Pero, por Desgracia, quien fuera el más grande guía de nuestro Pueblo, ahora es una rémora y un motivo de vergüenza. Es con gran Pena que debemos pedirle que se Vaya. —El tambor calló.

López asistía confundido. Racionalmente sospechaba lo que estaba ocurriendo. Irracionalmente la incredulidad le estaba jugando una mala pasada. Interiormente, estaba evaluando las implicaciones del espectáculo y cuánta gente estaría buscando a su pasajero en cuanto se supiera que andaba suelto por la Totalidad.

Baba, mientras tanto, seguía leyendo.

—¡Sikander! Tus pecados y faltas de vulgar ladrón quedan perdonadas por la extraordinaria Abnegación de los primeros años en que nos guiaste. A otro le mataríamos, a ti, te Exiliamos, y esperamos no volverte a ver jamás. ¡No te juzgamos y te deseamos suerte, extranjero! ¡Leyenda eres, a la Leyenda volverás! Ve en Paz.

Luego, en otro tono, añadió:

—Conforme a la ley inmemorial de esta tierra, declaramos que el Gran Sikander queda exiliado Para Siempre y será embarcado, forzosa o voluntariamente, en la primera nave que aterrice en Rakh, lo que ocurre en la pascua de Indira, día martes 2 de febrero, del año 4128, U-Te-Ce.

De coña marinera, Marta. Así que esto era. Vaya con la niña.

Baba se acercó a López y, sacando una bolsita de la manga, le dijo en voz baja:

—Muchas gracias, señor. Le doy quince mil piastras de oro si tiene la bondad de echar esto al correo en la primera estafeta que vea. Y ahora, si no le importa, le ruego que monte en su nave en cuanto le filmemos y se marche cuanto antes, porque le confieso que no todo está tan controlado como parece y la mitad del séquito se quedó retrasando a una facción enemiga. —Y le rozó levemente y sin querer con las largas uñas mientras depositaba la bolsita en la palma de López.

Los tipos de la cámara hicieron un travelling, enfocaron a López y se fueron alejando de espaldas para que la nave entrara en el encuadre. Baba le hizo señas a López, que subió por la rampa sin mirar atrás. Sonaron los timbales, y los guardias enristraron las espingardas y fueron empujando al anciano, que fue subiendo a regañadientes. En cuando pareció que ya entraba por su propia voluntad, los guardias se detuvieron, momento que el anciano aprovechó para decir unas palabras.

Había llegado con un discurso impactante, se marcharía con otro.

—La justicia—graznó— es de los valientes. La venganza, de los cobardes. Recordadlo cuando juzguéis a vuestros súbditos: pensad entonces si vosotros no fuisteis tan cobardes como ellos cuando impartáis vuestra justicia y vuestra ley. Vosotros que habéis crecido a mi sombra, pensad si os queda algo de valor moral para invocar la Ley. ¿Qué derecho tenéis? —López seguía la escena desde su cabina, atónito y al borde de la histeria: ¿no se daba cuenta aquel loco de que los estaba provocando?

Sikander les dio la espalda y subió por la rampa con tanta parsimonia y dignidad como lo había hecho cuando subió por primera vez las escaleras del trono vacío. A mitad de camino se volvió y les dijo: —me odiáis con todo vuestro ser, pero, en realidad, no estáis a la altura ética de vuestro odio. —Y, con una carcajada nerviosa, salvó los últimos metros en cuatro zancadas que echaron a perder la solemnidad de sus palabras y se escurrió por la compuerta perdiendo una chancleta.

Cuando López fue a ver a su huésped, lo encontró hundido en el asiento. Estaba sudado y las piernas no le tenían en pie. El gran actor había estado a punto de perder el aplomo en su última función.

El viejo le miró y carraspeó: —¿viene de parte de la chica? Por su cara veo que también la conoce. Puede llamarme Sikander. No se preocupe, no dispararán porque no se atreverán a matar a una leyenda, pero será mejor que nos larguemos porque no

todo el mundo es tan respetuoso. Lo del tiroteo que ha dicho Baba es cierto. En cuanto demos el salto, prometo contarle lo que quiera a cambio de un vaso de agua, pero vayámonos.

López miró a Santos marcharse por una puerta de servicio. Estaba atónito y le ardía media cara del sopapo y la otra media del rubor, aunque no se notaba porque López era negro de piel. El orgullo sí que andaba visiblemente escocido. Los clientes de la cafetería habían visto la escena y volvían a su quehacer con miradas de soslayo.

—Eh, tío, lo siento —dijo Bolger. —Le dije que hiciera algo así, pero no imaginé...

—Vale, vale, no te preocupes. Ha dolido más en la honrilla. Dame un cigarrillo. Gracias. —Lo encendió. Aspiró el humo, lo soltó sin maña. —Bueno, Bolger, no te quedes callao, háblame de la pasta.

—Doscientos cuarenta y siete ka y una Vulcan VTOL clase siete.

—Uf, bueno, la pasta es poca para el riesgo, pero no es mal pellizco. Y la Vulcan, en fin... por una Vulcan me dejaba dar cinco tortazos más como el que me ha dado la niña.

—La Vulcan no es nuestra, claro, y será una cesión. Apeziturri te contratará para que le lleves correo a Faromfari.

—Mmmm, vale. La disfrutaré mientras la tenga. De paso, que os quede claro que sois unos cabrones: ya teníais la nave. Ya todo estaba pensado, evidentemente.

—Y la pasta nuestra será en plazos.

—Amos, hombre, que estoy pelado. Encima será a sesenta días, ¿a que sí?

—Lo siento, es que no podemos dejar que tu recuperación coincida con el trabajo. Graduaremos tu prosperidad durante unos meses.

—Ya, ya, lo pillo. Condenada Santos. Apretando sin ahogar. Seguro que la han elegido de correo para fustigarme por mor de la tapadera y a ella le encanta. —Se calló porque Bolger tenía cara de póker. —Qué.

—Oye, Marcos, perdona, pero para ser tú estás descolocado. Es un poco arisca y orgullosa y, vale, te ha sacudido en público y no lo viste venir. Te mancilló la honrilla. ¡Pero solo ha sido una bofetada de chica! En peores plazas te has visto, ¿no?

—Vete a la mierda, Bolger.

—Eh, eh. Oye, mira. Sólo te diré una cosa. Ella está al mando. Yo sólo soy su O.O. Es su operación desde hace dos años. Te eligió ella para este curro. Nadie te ha impuesto, salvo ella.

—¿Dos años?

—Lo menos. Tiene más rango del que exhibe—dijo Bolger.

—¿Lleva dos años con una operación en Rakh, es capaz de mover a su antojo cruceros de la Totalidad, y pese a eso se entretiene deteniéndome hace seis meses?

—Lo vas pillando, Marcos.

—¿Pero esta moza qué es? ¿Una sádica? No, ya me doy cuenta: buscaba un intermediario creíble que no pudieran trazar hacia vosotros, y como no encontraba uno que le encajara, decidió fabricarlo, me pilló a mí y me dejó en barbecho.

—Conjeturas mías, ¿eh? pero no vas desencaminado.

—Hostia, Bolger. A todo esto, ¿me lo cuentas porque te caigo bien?

—No exactamente. Porque me caéis bien los dos. Sin más. Ahí lo dejo.

—¿Qué estás insinuando?

Pero Bolger no quiso decir nada más.

Las memorias de Amadeo Fuquér, (1)

Un día cualquiera, sin previo aviso en mitad de una persecución orbital, el viejo corazón de válvulas mecánicas del capitán se rompió. No había manera de salvarlo sin detener la persecución de los contrabandistas, que maniobraban su nave acelerando con la esperanza de convertir la caza en una competición de gravedades.

El capitán mandó desactivar su biomonitor (tenía potestad para ello) y se retiró a su camarote ordenándome secamente que acabase el trabajo. No volví a verlo con vida, ni a intercambiar otras palabras con él.

Fue una muerte perfectamente evitable pese a no disponer de campo de éstasis. Los tipos no merecían tal precio y los habríamos capturado en otra ocasión, por no mencionar que el corazón debería haber sido cambiado veinte años atrás, que era una antigualla sin homologar, vamos, un objeto de coleccionista, y que el capitán había bloqueado sistemáticamente todas las alarmas de los biomonitores. Ciento cuarenta años más tarde, sigo creyendo encontrar nuevos motivos para ese paso decidido hacia la muerte, o mejor, hacia la casualidad de la muerte. Hubo un tiempo en que lo consideré un suicidio, pero hace ya muchos años que llegué a la conclusión de que un suicidio no puede durar dos décadas, que es el tiempo que calculo que el capitán estuvo encarando la muerte con esa y otras imprudencias que la posterior investigación sacó a la luz. No fue un suicidio, sino quizá la rebeldía a tener una vida dirigida o programada, el odio a la certidumbre. Al descuidar sus órganos artificiales no hizo sino convertir cada día en una aventura. Tenía, creo yo, un espíritu de antiguo.

Cada vez que descubro (y acepto) una razón diferente para aquella decisión del viejo capitán, concluyo que he llegado a una nueva etapa de madurez. Las primeras etapas consistían en descartar la antigua explicación por una nueva. Las etapas propectas son revisiones y profundizaciones sobre la misma justificación que encontré hará medio siglo, cuando cesé en el cargo de gobernador de Faromfari. No me cabe duda, la madurez es sobre todo una cuestión de estabilidad en el pensamiento, de solidez en las propias convicciones. Lo que incluye el saberse falible sin remisión en los propios juicios. De joven buscaba sólo causas que explicasen el efecto. De adulto busqué causas para las causas. Hoy sólo busco saber lo que sentía

otro hombre, intentando entender su circunstancia. Mi tercera mujer lo llamaba *empatía*. También anunció que sobrevendría una cuarta etapa, en la que dejaría de lado las motivaciones de los demás y me limitaría a intentar entenderme a mí mismo. Lo llamó mi *verdadera madurez*, aunque es preciso señalar que lo dijo cuando se marchaba de casa, subrayando que no se divorciaba de mí, sino del Ejército: es posible que me estuviera insultando, pero igualmente pudo acertar. Sospecho que existe una etapa aún posterior en la que todo me dará igual, pero no tengo del todo claro que no haya otras etapas entre medio.

Volviendo a aquel joven teniente de la corbeta *Naxos*, del Servicio Local: al morir el viejo capitán, ¿debí sentir lástima, duelo, piedad? Puede, pero no lo hice. Me quedé perplejo, pues no sentía nada en la esfera de los afectos. Mejor dicho, no es que no sintiera nada, es que no supe qué sentir, y el no saber qué sentir cuando esperaba que debía sentir algo fue la causa de mi perplejidad. Hoy creo que en realidad lo que me pasaba no era la pérdida de un ser querido (aquel oficial no lo era). No se puede perder lo que no se tiene. Así pues, no sufría sino la oportunidad desaprovechada de lo que no fue pero pudo ser. La ausencia de motivos para el duelo, una amistad inexistente, una complicidad que no hubo, una relación maestro-alumno idealizada, una relación abuelo/nieto como en la Antigüedad.

El sentido de pertenencia al grupo, decía mi tercera esposa.

¿Le reprochaba acaso no haber tenido esa amistad, ya imposible tras su muerte?

Es probable.

Pero ¿qué podía saber un hombre joven e inexperto en las cosas de la vida? Me resulta difícil hacer una introspección tan atrás; aquella experiencia está mezclada con mi propia madurez y las ulteriores racionalizaciones, de la misma forma que agua y tinta son inseparables una vez se mezclan. Sí, se puede separar las capas de cebolla de la memoria y reconstruir esa introspección hasta el menor detalle, pero estoy convencido de que el resultado no es veraz porque ha sido observado. Lo que sí sé es que, muy irritado y ofuscado, abandoné el Servicio Local e hice efectiva mi opción de incorporarme en la Armada de la Totalidad; en los comandos de abordaje, que

siempre andan necesitados de tenientes atolondrados y arrojados para encabezar los trozos.

Bueno, para abreviar, aquella furia me convirtió en un tipo despreocupado por su seguridad. Lo que, con un poco de suerte, y mucho tiempo de servicio en los Trozos de la Armada, te convierte en un héroe. Uno vivo, para más señas. No sé cómo, pero salí del incidente de Pupis Siete bastante entero; de hecho, fui el oficial de mayor rango en la cuadrícula durante unas semanas y no tuve más remedio que actuar como Virrey en funciones atendiendo a una interpretación de las ordenanzas bastante liberal, pero es bien cierto que no se me ocurrió nada mejor para sacar a mi pelotón de aquel lío. Virrey. No está nada mal para un teniente con tres años de servicio. Luego he sido Virrey un par de veces más, pero esa vez tuvo su aquello. El relevo me sacó de allí en volandas, fui sumariamente interrogado por una comisión de investigación y, como quiera que está mal visto que los ex-virreyes vayan por ahí asaltando mercantes y comportándose como piratas, aunque sea en cumplimiento del deber aduanero, fui objeto de una sublimación percuciente de carácter cautelar.

Es decir, me ascendieron a un puesto de mando sin que la comisión de investigación hubiese decidido si debía castigarme o no, y el consejo de guerra fue desganado y puro trámite. Grave error. Olí su miedo, su inseguridad, la indecisión. También había probado el mando supremo. No tenían nada que hacer. Los hice pedazos. Dialécticamente, se entiende.

Ahora que lo pienso, hay un punto de inflexión estilístico en este diario que retrata bastante bien la aparición de aquel joven ambicioso y frenético, voraz, agresivo. Ese era yo. Hasta que me topé con mi primera esposa. Y entonces, de vuelta a la introspección.

Qué puedo decir de ella. Era bastante más joven que yo. Nos conocimos en el servicio diplomático. Ella era una asistente consular, y yo el oficial encargado de las relaciones públicas en una fragata. Coincidíamos a menudo, generalmente en lados opuestos de la mesa. Le sacaba quince años: una diferencia tal vez demasiado grande para nuestra edad de por aquel entonces, pero nada escandaloso. No le hice mucho caso al principio, hasta que, de alguna manera, acabé adoptándola como protegida. Esencialmente, me parecía una persona decente en un entorno demasiado feroz, y quise protegerla. En un momento dado, terminó por llamar mi atención y acabamos juntos.

Durante una temporada pretextábamos reuniones con el único propósito de

vernos. Era divertido fabular el orden del día y convocar otros asistentes para confeccionar una tapadera. El asunto era encontrar asuntos verosímiles para tratar, apropiarnos de cometidos o directamente inventarlos, incorporar participantes creíbles pero irresolutos que no hicieran avanzar los asuntos y así hacer más reuniones. Aprendí mucho.

Éramos dos diplomáticos jóvenes, con opciones, curriculum y buen expediente. Podíamos escoger destino y tener la sensación de estar labrando nuestro futuro. Lo nuestro no era amor. Era entusiasmo. (De nuevo, mi tercera esposa. Se habrán dado cuenta de que era psicóloga). Nos dedicamos a jugar con la vida un par de años. Después de unos meses y algunas chanzas dejamos de prevaricar, nos dedicamos a disfrutar del cuento, y rompimos al aparecer el dilema de las elecciones que exige una carrera profesional. Nos dimos cuenta de que nos importaba demasiado, y que quizá estábamos juntos buscando algo que no encontrábamos. Nos separamos amistosamente y siempre hemos pensado que fue para bien. Todavía nos escribimos. Lo que son las cosas: un bisnieto mío se casó con una tataranieta suya.

Lo que doña Leire dijo

Ahora que el viejo Fuquér ha muerto, puedo escribir esto sin temor a importunarle. No voy a contar nada que él no supiera, pero sí algunas cosas, pocas, que no le gustaría que se hubiesen conocido en vida. No es una cuestión de vergüenza; antes al contrario. En los últimos años de su vida, la razón principal de su reserva era que le molestaba que le hicieran perder el tiempo. Y para eso prefería una relación ejecutiva, distante, eficiente. Era un tipo al que le costaba explicarse, y no me cabe duda de que en gran medida su fama de taciturno le vino de la cantidad de ocasiones en que prefería callarse antes que decir lo que pensaba y provocar un terremoto. Es famoso su discurso de toma de posesión del cargo de gobernador, o virrey, como se dice coloquialmente, en Aleksandr. El más corto en veinte siglos de Totalidad, tras el discurso de Sikander, quien largó una simple frase. Amadeo se limitó a dar las gracias, despidió a su anquilosado predecesor con amabilidad y evitó decir lo que pensaba hacer, lo que habría supuesto una velada crítica al virrey saliente y todos sus paniaguados y funcionarios valiosos por igual, crítica que hubiese estropeado la celebración. Al contrario, prometió calma y soltó un chiste.

Había estado ensayando el discurso varios días usándome como público. Diez minutos antes de salir al escenario, relajado tras acabar todas las maniobras bizantinas que le caracterizaban, me dijo en un aparte:

—¿Sabes qué? A la porra con el discurso. Tengo un hambre de mil demonios. Además seguro que improviso, divago y lo estropeo todo.

A mí me pareció bien.

Estas confidencias no son un desdoro para mi viejo amigo, que siempre fue un hombre seguro de sí mismo. Como hombre reservado, la proximidad emotiva le resultaba incómoda. No quería dar pie a ninguna camaradería casual. Podías pasarte tres días con él encerrada en un agujero durante unas maniobras de infiltración, y, sin embargo, no tener apenas idea de cómo era. Le gustaba empezar las amistades desde muy abajo, por el principio principio, ya que a partir de ahí la cosa sólo podía mejorar. En su forma de ver el mundo, eso significaba una bronca.

Puesto que así empezamos: casi a torta limpia. Yo estaba sola en la cámara de cadetes de la corbeta pasando un mal momento. No hacía ni dos días habían matado

a mi compañero de estudios durante una acción policial en Rakh, y los tres alumnos restantes estábamos muy afectados, especialmente porque no sabíamos como bandear aquella experiencia abrumadora, el primer contacto con la ausencia de un compañero muerto. Apareció el contraamaestre trayendo al nuevo, un tipo que estaba fuera de lugar. El contraamaestre le dijo: "dormirás aquí. Esta es tu compañera de cuarto", y se marchó sin presentarnos siquiera, dejándome la tarea de explicarle que estaba hecha polvo. Quería estar sola o, por lo menos, estar con alguien que me conociera y poder quedarme callada dos días sin dar explicaciones, sin decir cómo me sentía ni experimentar una compasión artificial. El contraamaestre, que no era tonto sino cobarde, lo sabía bien.

Fuqué me miró y espetó: "¿eres la compañía adecuada?" Lo odié instantáneamente, me quedé sin habla. Era su superiora en rango y antigüedad, y eso son cosas que en la Armada se tienen en excepcional consideración. Ya estamos con el palurdo machista puritano de Sector Sol que no se ha enterado de dónde está. Yo estaba alterada, la verdad es que a punto de echarme a llorar porque me acordaba del chico al que habían matado, un cielo en comparación con aquel par de gilipollas insensibles del contraamaestre y el-nuevo-cadete.

Esa misma noche, los cuatro cadetes de la nave nos quedamos a solas. Yo había prevenido a los demás sobre el carácter eminentemente prepotente y arcaico de aquel advenedizo del servicio aduanero local que se colaba en nuestra Armada por la puerta trasera, saltándose la instrucción militar. Cuando juntas a cuatro jóvenes agresivos y ambiciosos, celosos del escalafón y la meritocracia, y, en el fondo, se contraponen la provincia con el cosmopolitismo, las chispas saltan tarde o temprano. No recuerdo bien los comentarios, pero sí que en menos de dos minutos mis dos compañeros y Fuqué estaban a punto de zurrarse, envarados, de pie, midiéndose antes de embestirse. Pero quiso la fortuna que el contraamaestre volviera a hacer acto de presencia para alguna minucia, y creo que se dio cuenta de el ambiente imperante. Bueno, el contraamaestre estaba allí observando cómo el aire se congelaba a nuestro alrededor, y entonces dijo: aquí estoy *in loco parentis*, así que tendré que deciros que os estéis quietos, y se marchó. Ya dije que era un cobarde. Entonces el chaval coge y suelta ante el quicio vacío de la puerta, "¿ah sí? Pues yo tampoco he olvidado mi latín y os pregunto, ¿quién vigila a los vigilantes?"

Aquella frase era puro Kipling y, en aquella cámara de cadetes a mi cargo, Kipling tenía un fuerte predicamento, reconozco que a mi pesar. Fuerte camaradería

masculina, un enemigo común al que presentar un frente unido, medios para irritar a la escala de mando, la posibilidad de desplegar la imaginación en una guerra de guerrillas por la mera diversión de poner en jaque la disciplina usando las propias reglas del escalafón y hurtándose a la represalia mediante la manipulación de las normas. Las poderosas evocaciones de la atávica educación de internados y la literatura para chicos. Para mi desolación, aquel código secreto adolescente creó un reconocimiento mutuo entre mis tres compañeros. Yo perdía a marchas forzadas mi preeminencia, y llegó la puntilla.

— Me han dicho que anteayer perdisteis un compañero—dijo Fuquéer.—Si antes he sido desconsiderado, os pido perdón. La verdad es que no lo sabía y quizá no es el mejor momento para que traigan alguien nuevo.

Kipling y caballeridad infinita. A mis dos pupilos les cayó fenomenal y en menos de un minuto estaban bebiendo juntos. ¿Pero es que no se daban cuenta de que el nuevo era un puerco manipulador? Me encerré enfadada en mi camarote, vi la litera vacía del muerto, y volví a llorar.

Lo peor es que tuve que abrirle para que pudiera acostarse.

Después de unos meses de convivencia conseguí intimar con Fuquéer y comprender su forma de razonar. Me di cuenta de que, cuando nos presentaron en el camarote y preguntó abiertamente si yo era la compañía adecuada, estaba sorprendido de que le hubiesen alojado con una mujer. De joven, Fuquéer jamás sincronizaba bien su pensamiento con las palabras a bote pronto, y era propenso a ser víctima de mal entendidos. Aún con doscientos años, el problema persistía, pero lo resolvía siendo reservado, hablando poco. Pero volviendo a aquel momento, era un chico de provincias que no veía problema en juntar dos hombres o dos mujeres en un camarote, pero sí si se trataba de un chico y una chica. En su caso, era una falta de imaginación más que un exceso de conservadurismo. Porque tengo que decir que Fuquéer era un salido de tomo y lomo; uno respetuoso, es cierto, pero un salido, y cuando me soltó aquello de “eres la compañía adecuada”, no es que le pareciese mal compartir camarote conmigo. De hecho estaba encantado, y, sin embargo, imaginaba que yo podía estar incómoda. Pensaba que tal vez hubiese ocurrido una confusión con su nombre.

Ah, su apellido. Venía de una familia de banqueros de muy rancio abolengo. Los fúcares, de Madrid en el siglo 22. Hay otros fúcares emparentados, que tienen calle en Madrid, pero esos son del diecisiete, italianos y alemanes, conocidos como Fugger.

Me sé la historia porque la escuché muchas veces. Siempre la adornaba con algo nuevo, y siempre aprovechaba para hacer alusiones y comparaciones con anécdotas recientes. Siempre muy gracioso, riéndose de sí mismo. De la estirpe de banqueros algo de calderilla le quedaba, pero doy fe de que la cosa había ido muy a menos. En su día a día era pobre como una rata, y mandaba el sueldo a casa. Sus ahorros del Servicio Local los había invertido en una casa para su madre, de la que tomó el apellido. Que yo sepa, y llegamos a intimar mucho, solo gastaba en prostitutas. Ya dije que era un salido.

Fuqué. Con ese apellido las chanzas eran previsibles, ¿verdad? Pues las chanzas las empleó para forjarse su propia leyenda. Como un artista marcial tomando la fuerza de su contrincante. Recuerdo el momento. El contraamaestre, el mismo de la víspera, quiso hacer gracia a su costa delante de la tripulación. Deslizó un comentario gracioso pretendidamente dicho en privado pero con intención de que lo oyera todo el mundo.

—Fuqué. Le deseamos más suerte en la Armada que con la que tuvo con su apellido —dijo el contraamaestre al terminar de presentarlo a la tropa formada en la dársena de la corbeta. Un insulto en toda regla, pronunciado desde la inmunidad del rango. El hombre andaba queriendo hacerse su propia fama de oficial gracioso e impertinente. Debió escucharlo media compañía de marinos, todos los cadetes y la tripulación en formación de revista. Pensé que el contraamaestre había oído la réplica de la víspera, "quién custodia a los custodios", y quería vengarse. Pobrecillo.

—¡Señor! Me cambié el apellido en el registro civil, ¡señor! —respondió Amadeo como si el comentario del contraamaestre hubiera sido una interpelación. Ahora nadie podía pretender no haberlo oído. Es una suerte que la ordenanza obligue a mirar al frente cuando estás de firmes: puedes pretender que no estás allí.

—¿Cómo? —dijo el contraamaestre sin darse cuenta. Sonó a pregunta, así que Fuqué optó por responder como hubiera recibido la orden de hacerlo:

—¡Señor! En el Servicio Local me llamaban "fucker" porque siempre andaba diciendo, con su permiso, señor, joder lo esto, joder lo otro, hasta que me pusieron el sobrenombre de Fucker Pachá, y acabé haciéndolo oficial: Amadeo Fuqué, a sus órdenes. ¡Señor!

El contraamaestre estaba atónito y por lo que parece no tenía un plan B por si la chanza le salía mal, cual era el caso. Por supuesto, lo que decía Amadeo era una pura invención, porque el apellido tenía lo menos tres mil años, pero el contraamaestre no

razonaba y no se daba cuenta del engaño. Por suerte para él, porque era tan bobo que se hubiera puesto a interrogar allá mismo y se habría metido en un jardín delante de todo el mundo. Como se suele decir, el tipo se había metido de pantalón corto en un carrizal.

Los tontos vienen de dos en dos, decía mi madre. Para no defraudar, una voz de entre los pelotones dijo "eh, tío, pues esperemos que no nos jodas mucho". Se ha expulsado a gente por menos que eso, pero en aquella corbeta había un problema de disciplina. El contra maestre llevaba la ceremonia, los oficiales presentes no querían puentearlo para no desacreditarlo o para no mojarse. Pero antes de que hubiera una carcajada general, Fuqué se giró y levantando la cabeza con aire interrogativo dijo secamente:

—Usted.

Fuqué no llevaba hardware ni nada, porque nos lo quitan durante la primera parte de la instrucción, y no pudo identificar con claridad quién había sido. Simplemente disparó siguiendo una suposición ilustrada. Ni siquiera era una orden clara. "Usted", a secas, y se quedó esperando como si debiera ocurrir algo y ese algo fuera responsabilidad de otra persona. Era un cebo clásico, una poderosa interpelación que te mueve como un resorte sin pensar. La gente tiende a completar la invocación con lo que se supone que debe hacer. Así de poderoso es el sentimiento de culpa, del deber, el mero diálogo, las relaciones sociales, todo. Te tiran un balón y entras en el juego en un acto reflejo. Una chica de la fila tres dio un paso al frente: la soldado Mariola; no podía ser otra. Al menos no dejó a nadie el papelón de delatarla.

—Se presentará al oficial de su pelotón esta noche para que decida lo que debe hacerse en su caso —dijo Fuqué con un aplomo aterrador. Llevaba doce horas en la nave y ya estaba siendo obedecido. El contra maestre llevaba tres años y aún le costaba. Vaya con los del Servicio Local.

El cadete Fuqué demostró una elegancia enorme. Al enviar a Mariola a su oficial por la noche, evitaba una reprimenda en caliente e irreversible y daba al susodicho tiempo para contemporizar. Para cuando llegó la nona, el castigo estaba meditado. Supimos que el contra maestre protestó, pero el capitán le dijo que todo era culpa suya, por atacar a un inferior. "Hasta Mariola ha sido más valiente al burlarse de quien tiene recursos para defenderse", le reprochó. El contra maestre no duró una semana más. Lo expulsaron, por inútil. Era un mal oficial y ya llevaban tiempo buscándole una salida. A Fuqué le cayeron letrinas por quince días, pero él estaba

feliz. Se había hecho un hueco y una reputación en pocas horas. Y así se quedó una larga temporada. La gente de su pelotón estaba encantada con ese carácter. Los oficiales que parece que saben lo que hacen infunden confianza, por más que sean unos déspotas.

Esa noche, sin que yo preguntara nada, Fuquér me dijo al acostarse: "me encaramo a hombros de enanos", reprobándose a sí mismo.

Mi madre era saltadora de toros. Contaba que se sabía enseguida si un toro había sido saltado otras veces. Cuando vienen sabidos, mal asunto: conocen lo que hay y no son fáciles de burlar. Con Fuquér pasaba parecido. Era cadete por una cuestión de convalidaciones. En realidad, llevaba mil guardias en naves del Servicio Local, algunas más grandes que aquella corbeta, tenía costumbre en mandar gente que le seguía, trataba con maleantes, había peleado y matado. Tenía callo en calar a la gente y sabía los mecanismos que mueven a las personas. El contramaestre no tenía nada que hacer. Más adelante, hubo ocasiones en que Amadeo volvió a mostrar esa capacidad de intuir el miedo y manipular a gente indecisa. Lo que es más preocupante, es que algo le pasaba y parecía que andaba buscando la muerte, furioso contra los demás. Y esa temeridad, combinada con su habilidad para ver venir a los demás, lo convirtieron en un personaje formidable.

Por supuesto, como imaginará alguna, Mariola y él estuvieron esporádicamente liados. Si es que había que conocer a Mariola, que todo lo preguntaba con doble y triple vuelta. Tonta era, pero, como decía mi madre, no les debe ir mal a los tontos, porque no he oído a ningún tonto quejarse de serlo.

Padre e hija

Como dice el tuit, era imposible dilucidar si él se asomó al balcón de sus encantos, si ella se los arrimó, o bien ambas cosas simultáneamente.

Un hombre mayor y una mujer joven aguardan sentados codo con codo en sendos sillones. El lugar podría pasar por un salón amueblado con mucha discreción y mucho dinero, pero el sutil anonimato de los accesorios, la ausencia de objetos personales, y la falta de desorden y casualidad llevan a pensar que se trata de una sala de espera con un par de sillones formidables y una gruesa moqueta. La iluminación es suave y cálida. Exalta los colores cremosos de la tapicería, atemperados por las maderas de color caramelo. De alguna manera es como si la sala de espera quisiera pasar de puntillas sin ofender a nadie. El único rasgo expresivo es un grabado colgado de la pared que, en realidad, no expresa nada porque es una figura geométrica cuyo único propósito es lucir el fino rayado de la litografía.

El hombre viste un traje de buena factura como el que llevaría un millonario anónimo que visita a su médico para una revisión rutinaria. Ella, sobriamente peinada con un moño juvenil, lleva lo que en esta parte del Universo se considera un traje apropiado para asistir tanto a un cóctel diurno como a una recepción oficial.

El hombre mayor y la mujer joven guardan un parecido evidente, por lo que sin duda son familia, seguramente padre e hija, aunque bien es cierto que en estos tiempos de cirugía asequible nunca se puede estar seguro del todo. Sea como sea, están en silencio. El silencio de dos personas que están cómodas sin decirse nada durante un largo rato.

Aparentemente han pedido un té, porque se abre una puerta y aparece una camarera con la bandeja. Dirige una rápida mirada a la joven, con la que comparte edad, coloca el servicio, sirve el té con ceremonia y borboteos y se marcha secándose en el largo mandil negro listado una levísima salpicadura en los dedos.

Nadie ha dicho nada.

La cosa sigue así unos instantes, hasta que el hombre mayor carraspea y dice para sí:

—Qué pena, qué pena, qué pena.

Y vuelve a callar.

Pero ella le mira conminativamente, una mirada que seguramente causará tribulaciones en el futuro y, sin duda, ya las causa cotidianamente en el colegio. El hombre parece inmune a los rayos imaginarios que salen de sus ojos, la mira pánfilamente, y aclara:

—¿Quién querría estropear unos pechos tan bonitos con un tatuaje? Una auténtica pena.

Como la joven sigue sin decir nada y ni siquiera suspira ni rezonga, él prosigue:

—Cuando luchamos en la guerra de liberación, nunca pensamos que usarían la libertad para tatuarse los pechos.

La última frase parece haber sido suficiente. Ella replica:

—Una guerra que algunos tienen la desfachatez de insinuar que ni siquiera llegó a ocurrir porque alguien pactó con los federales y les alquiló la flota.

—No la alquilaban, de hecho, pero no discutiremos eso ahora, ni hablaremos de esos tontainas que creen que las batallas empiezan cuando se hace el primer disparo.

—Sea como sea, reconozco en descargo de mi héroe que era imposible saber si tú te asomabas o ella se arrimaba...

—¡Ja! ¡Eso dice el tuit!

—... así que puedes congratularte porque la joven emplee su libertad en tentarte. ¿Qué es un tuit? ¿Alguna cosa de vejestorios?

—Una ocurrencia ingeniosa que debía expresarse por escrito y con extensión muy limitada. Un divertimento que tuvo su momento hace veinticinco siglos. ¿Nunca te los he mencionado?

—¿Cómo un haiku?

—Hum, los haikus son poemas brevísimos y con bello retruécano, pero podría decirse que... vale, este es el tuit: *era imposible dilucidar si él se asomó al balcón de sus encantos, si ella se los arrimó, o bien ambas cosas simultáneamente.*

—Me parece una ocurrencia graciosa sin más, con ínfulas de poetastro. Hablaré con ella mañana—dice ella con la determinación propia de quien va a cantar las cuarenta.

—Ni se te ocurra, no puedes ir por la vida aterrando al personal. Bueno, sí que puedes, pero no te conviene ni a ti ni al negocio familiar. ¿La conoces?

—Mismo cole, un curso más: preparatorio de derecho. Se gana unas perrillas trabajando en caterings de tarde en tarde.

—Así que prácticas de camarera... Igual a ti te convendría lo mismo. Aquí te conocen demasiado, pero en la otra punta del Radius... ¿Un año más que tú? Me pareció mayor.

—Papá, no tiene arreglo: le sacas cinco mil años.

—Subjetivos. Y son dos mil, cariño, no cinco mil.

—Eres de hace cinco mil años. El tatarabuelo es menos pelma que tú.

—Un tecnicismo irrelevante. Fisiológicamente y en términos absolutos no le saco ni un siglo.

—¡Oh, déjalo ya! Sólo quieres hacerme rabiar.

Él va a replicar, pero parece pensárselo y hace un evidente esfuerzo por evitar, incluso, la condescendencia de una mirada paternal.

Un rato de silencio.

—Echo de menos a mamá—dice ella al cabo.

—Pasas casi todo el tiempo con ella—dice él revolviendo el té y tomando un sorbo—. Prácticamente vives en su casa y por la residencia apenas asomas la nariz: parece un hotel.

—Calla: me has entendido perfectamente.

—Igual no.

—Echo de menos una vida familiar, un hogar, la vida cotidiana todos juntos.

—Lo imagino—dice él mientras meneaba la cabeza casi imperceptiblemente sosteniendo la taza.— Pero esa vida familiar es una entelequia imposible.

—Pleonasmo. ¿Por qué?

—Me alegra que te sobrepongas a un dolor evidente y sincero y saques fuerzas para torearne. Porque lo nuestro fue un matrimonio de conveniencia. Hubo diversión... —hace una pausa para recordar—, no lo niego, un proyecto común, un bien mayor y su causa, una complicidad evidente, y hasta amistad. En fin, hubo de casi todo, pero amor, lo que se dice amor, no.

—El amor a veces aparece con el tiempo—dice ella.

Él deja la taza en la mesa, meneaba la cabeza y responde:—Ha pasado mucho tiempo sin aparecer y los dos somos de la misma opinión: no va aparecer. Tu madre aparcó sus proyectos personales porque creía en la utilidad de ese matrimonio de conveniencia y en la descendencia que ocasionara. Te confieso que, en mi caso, a mí me daba igual: yo iba a lo que surgiera. Pensábamos, de hecho, que llegaría el amor, pero no llegó, así que nos separamos.

—Tan civilizadamente, que da pavor.

—Qué interesante apreciación. ¿Por qué? ¡Suéltalo!

Ella se lo piensa y finalmente dice:

—¿Porque, cuando hubo amor, el desamor es intenso? ¿Como si, en realidad, vuestra separación amistosa fuera un reconocimiento de que todo fue una mascarada y traicionáis a quienes sí creímos en ese amor?

—¡Bien dicho!—dice él, y se escora y le da un beso en la frente.— Estoy orgulloso. —Vuelve a retrepase, y continúa con circunspección. — La absoluta mayoría de los creyentes en ese amor fueron gente corriente que se tragaron la habitual propaganda de cuento de hadas. Quisieron creer ese ensueño: es un ejercicio de cinismo cívico muy constructivo, pero no crea ninguna obligación afectiva para con ellos, porque no es más que una especie de proyección colectiva a lo bestia, una voluntaria suspensión de la incredulidad. Ellos creen conocerte pero tú no sabes nada de ellos: un vínculo imaginario porque solo es cosa de uno. Aparte de un puñado de buenos amigos, quienes nos importaban, y nos importan, sois tu hermano y tú.

—Por esa misma razón, si sólo os importamos nosotros...

Él pone la palma en los labios de ella y con la otra mano coge las de ella.

—Porque os queremos un montón, tu madre y yo coincidimos que lo menos que podemos hacer es enseñaros a buscar el amor verdadero.

—...

—Estás tan hecha polvo que ni te has mofado de la cursilada que he dicho del amor verdadero: ciertamente tu estado es más grave de lo que pensaba. No, no digas nada, que te conozco. Es cierto, es una ñoñería; pero si la alternativa es el cinismo, prefiero la ñoñería. Ahora bien, ñoño no significa que sea fácil, ni trivial. No hay flechazo que dure, pero sí una relación verdadera que prospere para siempre. Lo que me excita en una relación es la determinación por ambas partes de que ese amor perdure, cueste lo que cueste. Algo que, por cierto, se me ha negado en los últimos dos milenios. Y lo que ahora mismo me gustaría saber es: por qué diantres, de entre todos los momentos habidos y por haber en el continuo espacio tiempo, has elegido precisamente este para plantearme este asunto.

Antes de que ella pueda responder, llaman a la puerta, se asoma la camarera con las manos en la espalda, y dice desde el umbral:

—Está todo el mundo excepto el presidente. Se va a retrasar aún unos diez minutos.

—Muy bien, diles que por nuestra parte no hay prisa—responde él.

La camarera se marcha. En cuanto la puerta se ha cerrado, la hija protesta:

—¿No pueden mandar a nadie más para avisarte? Jolín, una esperaría una disculpa de nivel, pero mandan a la ca-ma-re-ra-e-ven-tu-al. Cágate lorito.

—Igual es que ella se ha presentado voluntaria porque está platónicamente enamorada de mí y esto era otra excusa más para verme—suelta él, socarrón.

—Oh, ¡pooor favor! Una vez puede tener hasta gracia porque todo es muy implícito, pero ¡un respeto a tu hija, que no soy un amigote cuartelero!

—Tengo que escribir una carta de protesta al colegio y reclamar que me devuelvan el dinero que tu madre y yo hemos pagado por tu educación. ¿No te han explicado que, por una cuestión de principio, mis visitas a este lugar se tratan con una frialdad protocolaria tremenda? Como para quitarle hierro.

—Por lo menos podrían mandar a un responsable, o algo.

—El mensaje seguiría siendo el mismo.

—¡No si el medio es el mensaje!

—Cariño, hoy disparas con bala y aciertas, ¡pero la camarera no es el enemigo, y tampoco mi soltería!

—Hablaemos.

—Es verdad, igual no es el momento, pero ya lo creo que hablaemos.

—En otro orden de cosas...

—Hija, tiemblo cuando arrancas con esa horrible construcción.

—... en otro orden de cosas, y ya que me recriminas...

—Madre del amor hermoso, ¿de veras tienes que emplear esa perífrasis?

—¡Ja! Ve a quejarte al colegio, y pregunta por el profesor de retórica, el señor Kharkov.

—Por cierto que iré.

—Recuerda que me dijiste que protestar enérgicamente es posible pero inconveniente para el negocio familiar...

—Sí, sí.

—Kharkov es muy mono y ahora que lo pienso no me saca ni quince años.

—Ooh, bieeen, estás recogiendo todos los dardos del campo de batalla y me los estás enviando de vuelta.

—He tenido un buen maestro. Pero te voy a corregir: no recojo tus dardos del campo de batalla. Más bien me los arranco de mis maltrechas carnes apenas

postadolescentes, porque, sabe oh rey, que disparas a dar, y aciertas, pero aún tengo fuerzas para arrojártelos de vuelta. De todas formas, ahora que lo pienso creo que Kharkov usa la perífrasis con sorna imitando a algún presentador del telediario.

—Basta, ve al grano.

—Bien, en otro orden de cosas... ¿cuándo pensabas decirme que mi hermanastra ha vuelto?

—Visto lo visto, hoy no—dice él, y mira el reloj.

—Bien, hablemos de mi hermanastra, ya que sale a colación el Amor Verdadero—dice ella.

—La nave espacial de tu hermana ha sido avistada en las inmediaciones de Pupis Siete y llegarán en un mes. La noticia es de ayer y, francamente, aún le estaba dando vueltas. Tu media hermana, para ser más precisos—dice pensativo.—Pero eso francamente no importa mucho.

—¿Cómo te sientes?

—Hace veinte siglos que no la veo. Calculo que tendrá unos cincuenta años ahora.

—No lo has calculado ahora: lo sabes perfectamente porque cada día has llevado la cuenta. Te conozco bien.

—Es verdad, lo confieso. Cuarenta y siete años y medio, si la expedición se ha mantenido en sus valores previstos. —Se retrepa en el formidable sillón, y sigue hablando mirando a la pared.—Cuando se fue no me importó: tenía su vida hecha y hacía años que no la veía. Cuando yo volví, me sentí culpable: el Universo se había agigantado y de repente uno se siente muy pequeño y empieza a pensar en la huella que ha podido dejar. Y no es tanto una cuestión de descendencia, la pervivencia de un pedazo de ti mismo, sino, más bien, de si no has causado demasiado dolor y molestia en el mundo. El Universo es tan impersonal que te quedas hecho polvo si encima se lo has puesto difícil a quien no lo merecía. Pero, francamente, no quiero hablar de ello ahora. ¿Cómo te has enterado?

—Lo vi en mi resumen de noticias. No sale su nombre, pero el código de expedición no da lugar a confusión. Y tampoco quedan tantos antiguos por regresar...

—Ni siquiera sabemos si está viva, ni si en la nave viaja alguien. En su expedición eran unos veinte tripulantes. He preguntado, pero la respuesta tardará. La comunicación es muy tosca y siendo una nave tan antigua tardaría años en frenar por sí sola. La van a parar con un campo de éstasis que están preparando.

—Has dicho “francamente” tres veces. Solo lo dices cuando te estás disculpando, algo extraordinariamente raro en ti, y más raro aún cuando estás trabajando, y en este lugar especialmente. De hecho, muchas disculpas tuyas no son tales sino más bien una enumeración didáctica de fuerzas invencibles del Universo que concurren, como si te apiadaras del pobrecillo que las ha de padecer. Así que daré por hecho que estás afectado.

—A ti no te lo voy a negar, pero ten la bondad: en minutos se celebra una importante representación teatral y necesito estar en plenas facultades para interpretarla porque, prácticamente, soy el único actor en el escenario. No quisiera enfrascarme en un asunto trascendente que me despiste.

—Por nuestra conversación de hace unos minutos nadie hubiera dicho que querías evitar una conversación trascendental—dice ella—, pero, habida cuenta que pides concentración, y ya que estamos, tal vez puedas ilustrarme sobre lo que hoy va a acontecer. ¿Qué hemos venido a hacer aquí exactamente? Y no me hables del protocolo, háblame de tu agenda oculta.

—Buena pregunta—dice él más animado.—Verás, hoy se escenifica aquí la renovación de un pacto de no agresión. Se revisa el estado de ese pacto. Yo no vengo a menudo por aquí por una cuestión de higiene institucional. La llevan un poco al extremo, como has podido observar, pero está bien. Todo es muy cordial. En fin, en este lugar en el que vivimos, hace veinte años estuvimos a punto de rozar el cataclismo. En el último momento fuimos capaces de reconducir el asunto. En gran medida todo fue cuestión de encontrar un acuerdo aceptable para todo el mundo. Por supuesto, siempre hay una o dos pequeñas minorías que buscan una ganancia máxima en detrimento de la mayoría; pero, en general, la gente se contenta con saber que tiene sus intereses legítimos salvaguardados.

—Qué eufemismo: intereses legítimos.

—Antiguamente se llamaba el contrato de Rousseau. La decencia es una constante cuasi universal, créeme, máxime cuando quien la practica tiene la noción de hallarse en una situación justa. Para esas pequeñas minorías que mencionaba, sin embargo, es preciso un incentivo de refuerzo que consiste en dejar bien claro que el que más tiene es el que más tiene que perder.

—Y de ahí la flota federal.

—Exacto.

—¡Pero tú siempre has dicho que no la alquilaban!

—Así es, pero *los malos* no lo sabían entonces. Pero eso de la flota fue cuestión de días. Los incentivos varían rápidamente en situaciones líquidas. Para cuando quisieron darse cuenta, ya estábamos con la operación *Lisístrata*.

—Ajá, nada de sexo.

—Está mitificado, pero en parte sí. Realmente fue algo más social, pero digamos que se aprovechó otra importante fuerza universal: las bisabuelas. En mi época eran las abuelas; ahora son las bisabuelas y tatarabuelas.

—Ya.

—Sea como sea, *Lisístrata* fue una medida de presión para hacer más atractivo el acuerdo. Esas minorías soportan mal la luz y el escrutinio público. También hay una verdad universal: que la gente decente es mayoría. Enseguida se buscó un árbitro aceptable para todos, y de ahí mi matrimonio con tu madre, que fue realmente una especie de, hum, fusión empresarial, auspiciada por tu tatarabuela Hortensia.

—Y de ahí yo.

—Exactamente, de ahí tú. Yo sigo siendo un árbitro con escaso mando, excepto el poder de iluminar. El caso es que hoy informo del estado del pacto. Digamos que ahí fuera—él señala con el pulgar hacia una puerta pequeña detrás de los sillones— está la comisión plenaria de seguimiento. Repaso objetivos, pongo deberes, propongo medidas y ellos deciden, pero el recuerdo de los episodios de hace dos décadas está bien fresco, porque yo me ocupo de que no se borre. Es decir, mantengo el incentivo y el escrutinio popular. Hago que el pacto se firme cada día. Y todos están contentos.

—¿Y qué hago yo exactamente aquí hoy?

—Necesito que me digas si quieres continuar con el negocio familiar, decisión que habrás de tomar dentro de unos años, pero cuyo proceso toma un tiempo y este es un buen momento para comenzar. Tu hermano ha rechazado la propuesta.

—Ya —dice ella pensativa.

La puerta se abre, vuelve a aparecer la camarera y anuncia:

—Ya ha llegado el presidente y todo el mundo está en su sitio. Cuando quieran.

—Gracias. Diles que ahora vamos.

Los dos se levantan. Él se abrocha la americana, se ajusta la corbata y echa un vistazo al espejo. —¿Dónde cenas esta noche, hija?

—No tengo plan. ¿Por?

—Ven a la residencia. Viene a cenar un invitado que te gustará conocer.

—¿Un pretendiente?

—No seas boba—dice él ofreciendo el brazo. Ella lo toma y le mira inquisitivamente—. Es un mercader informal que he contratado para llevar correo a Aleksandr y Faromfari. En el Más Allá le llaman "el Señor López".

—Vamos, lo que viene siendo un contrabandista espacial.

—Así lo llaman los federales, pero esto no es la Federación. Le conozco de hace muchos años. Te caerá bien. La cena es de incógnito, así que nada de etiqueta. ¡Hasta nos vamos a tutear!

—¿Es obligatorio asistir?

La pequeña puerta se abre y un hombre con aspecto de bedel les invita a cruzarla.

—No—dice él mientras atraviesan la puerta y sonrío al bedel con un guiño. Un estrecho pasillo avanza unos pocos metros hacia lo que parece un hemiciclo.—Bien pensado, si tú no quieres venir, igual invito a tu amiga la camarera.

—¡Papá!

Pero la queja resulta inaudible acallada por un rumor de sillas y gente incorporándose resuena, medio millar de personas aplaude y da vivas, y una voz estentórea anuncia: "señorías, ¡su majestad Herminio Primero!".

Traspaso de poderes

Era verano en el hemisferio sur de Iskandariya cuando *La Cólera de Shiva* arribó al sistema trayendo al nuevo gobernador enviado por el Panpresidente Aziz. En Alexandr, la capital, una ciudad estado compuesta por treinta y cuatro municipalidades, corría un vientecillo suave en las calles atestadas de paseantes ociosos que miraban al cielo adornado por la luminosa mole que se deslizaba lentamente a mil kilómetros cielo arriba. Los funcionarios responsables del protocolo habían escogido la noche para realzar la escena. Durante la mañana habían hecho llover un par de horas para limpiar la atmósfera y luego se habían llevado las nubes mar adentro. El aire estaba límpido y el cielo sin un solo jirón de nube. La noche estaba confeccionada a la perfección para que la gente saliera a la calle a disfrutar de la velada.

El cielo estrellado, negro, con las estrellas titilando alegremente. Dos finas cimitarras plateadas asomaban en el horizonte del océano: las lunas crecientes de Aleksandr, que daban la luz justa para lucir, pero sin deslumbrar al resto de cuerpos celestes. *La Cólera de Shiva* había encendido sus luces de ceremonia y toda la escuadra federal saludaba a la antigua simulando salvas de honor. Expulsaban nubes de cristales de sodio al espacio oscuro, y súbitamente las iluminaban con un foco láser. Era un recibimiento estrictamente privado el que ocurría entre la escuadra y el gobernador, pues era un político con un pasado espacial, y la Armada expresaba su contento de que otra de sus glorias escalase puestos en la pirámide de la política federal.

—El Viejo ha vuelto—emitían por morse en una docena de frecuencias.

La investidura del nuevo gobernador tendría lugar al día siguiente, pero, para entonces, la verdadera transmisión del poder estaría terminada, pues llevaba ocurriendo desde varios meses atrás. Ajena a la expectación de la ceremonia naval en el espacio, una multitud de funcionarios se afanaba en numerosas reuniones por todo el planeta, poniendo a sus sucesores al tanto de los asuntos de la administración, a veces con sensación de triunfo o de derrota, otras con indiferencia y, en algunos casos, con aprensión ante la posibilidad de que un nuevo rumbo político desbaratara

los logros personales o los superara. Aunque el ambiente de trabajo soslayaba la ceremonia y apenas se miraba el protocolo, se respetaba el viejo principio de que ambas partes habían de estar de cuerpo presente en la sala durante las conversaciones.

El que probablemente fuera el encuentro más discreto del planeta tenía lugar en una anónima vivienda propiedad del gobierno que nunca se había utilizado y nunca volvería a ser utilizada. Los dos asistentes usaban nombres falsos desde hacía tanto tiempo que prácticamente nadie sabía cuáles eran sus verdaderos nombres, y en realidad se los conocía por el cargo que ostentaban. Nunca se habían visto en persona, aunque conocían sus respectivos méritos y reputación. La reunión duraba ya dos horas, y el ambiente se había agriado pues, tras los asuntos menos relevantes, había llegado el turno de las cuestiones más espinosas. En la mesa estaban sin tocar los dos vasos de agua, lo que constituía otro desaire que añadir a las divergencias, puesto que en Aleksandr, originalmente un planeta seco y polvoriento, los vasos de agua son una muestra de hospitalidad, como en otros lugares se ofrece pan y sal a las visitas, o se les lava los pies. En realidad, el funcionario recién llegado llevaba una semana entera bebiendo agua en el centenar de reuniones a que había asistido y, a parte del hastío, su sonda urinaria estaba estropeada y tenía la necesidad fisiológica de ir al baño, algo que le inquietaba pues casi nunca había ido desde que se implantara un módulo paraexcretor cuando ingresó en los servicios secretos y no estaba seguro de poder controlar su esfínter, ya que llevaba treinta años sin verse en la tesitura de hacerlo. El funcionario tenía la firme convicción de que el discurso de una reunión no debe interrumpirse si se mantenía la superioridad y la iniciativa dialéctica, por lo que no solicitaba un receso ya que, salvo las horribles ganas de ir al baño, estaba ganando la soterrada disputa, y, por otro lado, no se daba cuenta de que como invitado debía beber agua primero para que su anfitrión pudiera hacerlo.

El funcionario saliente había estado en el cargo durante cincuenta y siete años y había sobrevivido a nueve gobernadores. Consideraba su trabajo como una sinecura personal, y aunque durante once lustros no había dejado de soltar pestes sobre sus súbditos, la perspectiva de la separación lo había vuelto repentinamente nostálgico, algo peligroso para un espía. Lamentablemente la melancolía le estaba ofuscando, estaba perdiendo la discusión, no podía beber agua porque su sucesor, en el papel de invitado, no había empezado su vaso, y aunque en ese preciso momento había recuperado la iniciativa, sospechaba que era una trampa.

—Antes de entrar en otras materias—dijo el funcionario entrante—quisiera hacer una inclusión en la lista de personas especiales.

—Dígame, por favor.

—Se trata de esta persona—dijo entregando un papel. —Es un pariente lejano del nuevo gobernador. Muy lejano, pero la verdad es que se ha presentado en algunos círculos como pariente insinuando ciertas influencias, y deseamos que se le excluya. Una exclusión ejemplar.

El funcionario saliente miró el papel.

—Será bien complicado: es muy conocido—dijo devolviendo el papel.

—Lo comprendo, todo es muy lamentable—dijo el funcionario entrante. El otro destruyó el papel. —Pero dado que usted lo conoce sin necesidad de recurrir a su agenda, es obvio que entiende el problema. Deseamos que se le ofrezca el puesto de asistente de la embajada en Mikkas hoy mismo, con la obligación de presentarse con carácter de urgencia en el muelle consular de Osta de madrugada para viajar cuanto antes a Mikkas y asistir a las conversaciones sobre el convenio de comercio que en breve comenzarán.

—Mikkas es un pequeño consulado de muy menor categoría en un planeta cuya balanza comercial con nosotros es pura minucia. Un insulto para el personaje, vamos. La latencia le pondrá los pelos de punta. Y además vía Osta. Y esta noche. Una asombrosa colección de maltratos.

—Precisamente deseamos que se le insulte. Pero le pido el favor de que lo hagan ustedes. Si por nosotros fuera, lo enviaríamos exiliado al Más Allá, pero evidentemente las repercusiones serían problemáticas en ciertos círculos.

—Bien, no tenemos nada que perder. Personalmente será una satisfacción. Una rara satisfacción. No le descubro nada si le cuento que el individuo presumía un inminente nombramiento de alto rango en la administración local. —Tal vez el halago de la agenda había funcionado. —Será un buen bofetón. Está bien, amigo mío, me ocuparé del asunto personalmente, a cambio de una cosa.

—Soy todo oídos.

—Es muy sencillo. Perdona que sea tan directo, pero beba un trago de agua para que yo pueda hacerlo.

—Oh, cielos, touché. Un descuido imperdonable. Pero si me disculpa, antes debo pasar al baño.

Una carta

Querida familia. Es una pena que estéis tan lejos de casa y que os hayáis perdido la ceremonia de traspaso de poderes del nuevo gobernador. La verdad es que estuvo muy bien. Hubo fuegos artificiales en el espacio y desplegaron muchas naves que lucían como estrellas de colores. Hasta trajeron un crucero que pasó rozando la atmósfera y dejó dibujadas unas estelas de condensación fantásticas. La noche anterior habíamos quedado para cenar en el puerto deportivo y cuando oscureció salimos a ver el cielo desde el yate amarrado. Papá: me tomé la libertad de abrir tu reserva de vodka, pero te prometo que la repongo antes de que vuelvas. Dile al tata que su botella sigue intacta. Pasamos horas tumbados en la cubierta mirando al cielo y viendo congregarse las naves. Estaba Angelina, que nos señalaba las naves más importantes y nos contaba historias sobre las mismas. Por alguna razón incomprendible, había un montón de marinos de la Totalidad de permiso por la ciudad, y también mucha gente del Servicio como Angelina. El ambiente era fenomenal con tanto marinero por las calles. Angelina tenía tres días de permiso y en un sorteo de su corbeta le habían tocado dos invitaciones para la ceremonia de traspaso de poderes y la recepción y me preguntó si quería acompañarla.

Así que allí estuvimos. Había como cinco mil personas en el auditorio. Una pasada. No cabía nadie más. El saliente gobernador Amann llegó en carroza escoltado por lanceros alados de la ciudad. Tengo que decir que es cierto que han cambiado las alas mercuriales de los lanceros y no me gustan nada las nuevas. No sé qué tenían de malo las viejas. Los maceros, los timbales y los portadores del Código de Comercio siguen igual, hasta las pelucas.

Luego vino un regimiento de los trozos desfilando y regalando flores y caramelos mientras su propia banda tocaba "*El patio de mi casa*". La gente les aplaudió muchísimo.

Siguiendo al regimiento, el nuevo gobernador llegó en un solo coche escoltado por dos motoristas. La verdad es que su comitiva era tan poca cosa que al principio nadie se dio cuenta de que era él. Se bajó unos metros antes y caminó desde el bulevar, saludando a la gente y parándose a hablar con algunos. No contestó a los periodistas más que vaguedades.

La ceremonia fue corta, afortunadamente. En estas ocasiones importan más el preámbulo y postrimerías que el propio acto central. Hubo un par de discursos (el alcalde hizo de maestro de ceremonias, el saliente se despidió, y la presidenta dio la bienvenida al nuevo) y luego habló Fuquér dos minutos dando las gracias a Amann, diciendo que no esperaba grandes cambios, que prefería centrarse en los hechos antes que en las palabras, para lo cual habría que esperar unas semanas, y que dado que entre la cena y nosotros sólo se interponía él, daba por clausurada la ceremonia.

Habréis oído que se decía que había tensiones en el traspaso de poderes y que el gobierno estaba descontento por algunas cosas que Fuquér ha debido rechazar, pero en el estrado todos estaban muy sonrientes, casi eufóricos. Pues aún no se habían apagado las carcajadas y aplausos por el chistecillo de la comida (a las Lechuga-Etcheverry les pareció una vulgaridad, pero fueron las únicas) y salieron todos de la mano al escenario: Amann, Fuquér, la presidenta, el alcalde, concejales, varios funcionarios importantes de un lado y otro y cantaron Coi SicAruin a capella, muy alegres y como os digo eufóricos, contagiando un buen rollo que se mantuvo toda la cena. Era evidente que había una gran complicidad y cordialidad en el escenario.

Luego me enteré que el viejo zorro de Fuquér ha debido dar una cera de espanto al personal por esto y lo otro, pero, en el último momento, ha debido portarse muy bien y encima ha repartido sinecuras a diestro y siniestro para el equipo saliente y muy buenas pensiones por encima de lo esperado, así que es normal que todos estuvieran contentos en el escenario y que esa euforia se transmitiera por toda la ciudad.

La cena fue estupenda. Era un cóctel. Había langostinos con mayonesa de curry, gulasch, albóndigas de pollo con jengibre en una tempura supercrujiente con cortezas de naranja, juliana de verduras frescas y un salpicón de aguacate, tomate, marisco y tabasco que se salía del cielo. Arenques de mil maneras y montones de cosas más. Lo pasamos muy bien hablando con todo el mundo, porque estaba to-do-el-mun-do, y pude charlar con gente que llevaba tiempo sin ver. Angelina iba de uniforme y todo el mundo me daba codazos y me guiñaba el ojo con cara de envidia. Estaba fantástica. Bailamos un rato y la fiesta se prolongó hasta tarde.

Creo que ha sido el banquete más divertido que recuerdo, pese a que no había extravagancias, todo era modesto, pero muy razonable, y en realidad había un ambiente excelente. Un ambiente fabricado, no sé si me entendéis, pero auténtico. Qué paradoja. El ambiente general de la calle es de optimismo y expectación.

Me enteré de un chascarrillo en la cena. ¿Os acordáis de Vojtek, el chico gordito que vino a casa un par de veces para ensayar? Pues resulta que la víspera lo mandaron a toda prisa como encargado consular a Mikkas. Ya sabéis que andaba insinuando y prometiendo cargos porque es familia lejana de Fuquér y presumía de influencia. Lo han vestido como un ascenso, pero todo el mundo está de acuerdo en que ha sido un castigo ejemplar y un aviso a navegantes. El chico es intocable por sus influencias, pero le han planteado el exilio de tal forma que sus influencias no le sirven y no puede negarse. Mortimer está enfadado: yo creo que es porque andaba encaprichado con Vojtek aunque creo que lo tiene crudo porque Vojtek es hetero total. Lo del exilio es un fastidio porque Vojtek hacía de ladrón en mi equipo de la próxima película que íbamos a rodar en la pandilla y había ensayado el papel del atraco al banco y el tiroteo con la policía y ahora tengo que buscar a alguien, porque el pacto es que nada de personajes generados por ordenador. Pero en el fondo me alegro: es un cretino prepotente y andaba muy chulito diciendo que su tío le iba a escuchar. Últimamente estaba insoportablemente engreído. Literalmente decía que "habrá algunos cambios", así de enteradillo. Que se fastidie.

En otro orden, siguiendo vuestras instrucciones he vendido quince motores sublumínicos de tránsito interior para hacer sitio en el almacén grande, por 0,78 millones la pieza, y he comprado doscientas toneladas de material de construcción de pistas de aterrizaje, medio billón de toneladas de precursores de humus y diverso material de terraformación ligera. Las naves están apalabradas esperando en L3-Leinth, y he avisado a parte del personal que esperen una estancia larga en Rakh. He rechazado una oferta de vehículos de superficie: era una flota demasiado grande y me temo que es pronto para que tengan salida, además que el margen es pequeño para tanto trabajo. He rechazado otras cargas para tener las manos libres como dijisteis. No somos los únicos, pero llegaremos entre los primeros. De momento es imposible enviar a nadie a Rakh.

Bueno, eso es todo lo que ocurrió anoche. Angelina tiene permiso largo dentro de dos semanas, así que me pido la casa de Izklaidi para toda la quincena. Espero que tengáis buen viaje de regreso. Besos.

Una respuesta

Apreciado hijo; tu madre agradece la crónica social. Lamentó perderse la ocasión. Te ruego que realices las siguientes gestiones. Apalabra la reserva de lanzaderas para el transporte de bienes de equipo por volumen de cinco millones de metros cúbicos. Deja una señal si es preciso, no más de 300.000, e infórmate de quién más está reservando el parque de transporte. Finalmente, entrevista a capataces y jefes de proyecto con disponibilidad inmediata para viajar a Rakh por un período de tres años estándar, con opción de llevar familia. Por lo demás, tantea con las condiciones habituales.

Finalmente, respecto a la quincena vacacional con tu enamorada en Izklaidi, tu madre y yo cedemos encantados la casita en la esperanza de que a tus sesenta años estándar sientes por fin cabeza. Besos, etc..

Notificación de resolución

Tribunal superior número 2 del Sector Federal número 4
Tikulti Ninurta
Nuestra Ref: #4-2-5051-4128-12-14-UTC

En relación con la solicitud su ref #128 presentada por la Superintendencia Federal de Malacca 12 ante este tribunal el 7 de los corrientes, con objeto de **cotejar con las bases de datos federales las siluetas, el caminar y otras evidencias morfológicas de los desconocidos denominados "los Payasos" y sus presuntos cómplices en los hechos ocurridos en Malacca 12 el 8 de noviembre de 4128**, vistos los hechos y analizados con el debido detalle

CONFORME

a los artículos 3 y 126 de la Constitución Federal y el art. 815 del reglamento de seguridad federal,

RESUELVO DENEGAR la petición.

Este tribunal no encuentra motivos suficientes para autorizar el cotejo, por los siguientes

MOTIVOS

1. No se hallan los hechos como constitutivos de delito federal.
2. Aunque la legislación local no es motivo suficiente ante esta instancia federal, tampoco el peticionario ha podido demostrar fehacientemente la existencia de delito criminal o civil; este tribunal no entra ni puede entrar en consideraciones de orden religioso.
3. No se encuentran razones de peso que permitan considerar que los tumultos y disturbios acaecidos en Malacca 12 el 8 de noviembre de 4128 tengan la consideración de "riesgo para la seguridad federal".

ADICIONALMENTE RESUELVO

dar por terminada la vía judicial, no cabiendo recurso ante esta resolución ni posibilidad de solicitar pruebas subsiguientes de ADN o de cualquier otro tipo en esta Instancia.

Lo que firmo en Tikulti Ninurta,

a 14 de diciembre de 4128 UTC.

Diana Kartveli, magistrada.

CC: peticionario y registro.
copia para su exposición en contextos de baja tecnología y monolitos de edicto.

La llamada

—Diana Kartveli al aparato.

—[...]

—Sí, ella habla.

—[...]

—¡Querido, cómo estás? Déjame adivinar: me llamas por la resolución.

—[...][...][...]

—No, lo siento, ni lo intentes.

—[...]

—No, imposible. Lamento que te estés dejando un dineral de los contribuyentes en esta llamada, pero no puede ser. No hay por dónde cogerlo. Es un tumulto local y no puedo autorizar el acceso a las bases de datos bajo ningún concepto.

—[...]

—Efectivamente: nada. Mira, sabes que no comento mis propias resoluciones, pero en tu caso haré una excepción por los viejos tiempos. Entiendo que tenías que intentarlo pero tú sabes que lo que pides es imposible. Entiendo también que es tu deber presentar la solicitud y poder justificarte ante los jefes, y no estoy ofendida lo más mínimo como parece pensar. La verdad, lo sí que casi me ofende es que lo pienses, ja, ja. Esto último interpretación mía, ¿eh? Volviendo al corpus, ejem, ejem, la Ley y la jurisprudencia son bien claras: o presentas una causa de amenaza federal bien sustanciada o nada. Y desde luego será en otra instancia, porque en la mía imposible. Te adelanto que necesitas armarlo bien. Que conste que podría haber sido más dura al redactar mis términos: está débilmente justificado, pero comprendo tus motivos y no tenía sentido dejarte en mal lugar. Vamos, que no quiero leerte la cartilla. Supuse que era cosa tuya y estudié bien el caso y los antecedentes. Es bien cierto que es un asunto, como poco, curioso, una extravagancia muy, muy rara, pero es irrelevante desde el punto de vista judicial. Como bien señalas en uno de tus informes, rozaban la ilegalidad, pero sin cruzar. ¿Cómo lo dijiste? "Por debajo del radar". Eso es, por debajo del radar. Judicialmente pasa lo mismo: fue molesto y provocador, pero no ilegal. Si a alguien le frustra, tendrá que mover la raya de lo legal, pero entramos en disquisiciones que nadie quiere. Por ejemplo, si nos ponemos

restrictivos, podría declararse ilegal una película de lo más normalito porque a un señor le parece ofensivo el color de un paraguas que lleva un secundario. Los mikkas podrían pedir que se prohibiera el jazz porque su falta de estructura es una ofensa: ¡me consta que así lo piensan! La Federación es un mosaico de sensibilidades que tendrán que resignarse a veces si quieren seguir conviviendo. Por eso mismo, el argumento religioso y social no te va a servir porque abrirías la Caja de Pandora y te pararán.

—[...]

—Efectivamente, no puedo permitir que cotejes meses de la terminal de llegadas. Son miles de personas incluso para un sitio tan pequeño como Malacca. Estoy convencida de que no encontrarías nada y sentarías un precedente gravísimo. ¡Tendrías que cotejarlo con grabaciones de la calle en feriado! Pueden ser, buf, ¡decenas de miles! ¿Y si fuera una célula durmiente que llevaba años esperando la oportunidad? Te enfrascarías en peticiones para retrotraerte más y más. Tocas de frente el ciento veintiséis y puedes estar seguro de que el Supremo te lo tumbaría. Y siendo uno de los diecisiete, ¡inada menos que Malacca!, tendrías presiones del propio Gobierno Federal ¡y recursos de impugnación de los malaquitas a espuestas! No me conozco el tratado de adhesión de Malacca, pero tiene una fama... que ya, ya. Capaces de impugnarlo por algo como eso. Uy. Todo esto ya es de mi cosecha, ¿eh? pero ya te digo. No voy a predecir al Supremo, esto ya es consejo de amiga, pero no sigas por esa vía. Te lo puedo decir porque al extinguir mi propia instancia me he inhibido a favor del Supremo.

—[...]

—Sí, puedes citarme. Por supuesto, nada de grabaciones, lo digo por ellos, ¿eh?, no por ti.

—[...]

—No, a ti. Gracias por tu comprensión. Lo siento de veras, sé que no me llamas por cualquier cosa.

—[...][...]

—Sí, claro, por supuesto. Si te vas a pasar, llámame y comemos o cenamos. Es lamentable hablar con esta latencia. Escríbeme.

—[...]

— Aguardaré tus cartas. ¿Sigues con esas horribles lámparas en el despacho?
Oh, vaya, está pitando. Se acaba el tiempo. Qué pena dedicar este ratito a ese asunto y no poder hablar de nosotros. ¡Escribe! Un beso. Adiós, adiós.

Estos cuentos se publican bajo una licencia creative commons CC BY NC ND. En castellano antiguo, esto significa que puedes difundir estos cuentos siempre que los mantengas como están, y sin ganancia comercial alguna, manteniendo esta misma licencia. Si no estás conforme con estos términos, entonces puedes considerar que esta obra está bajo la tradicional legislación de derechos de autor según el convenio de Berna.